

DARDO ESTRADA

PÁGINAS DE HISTORIA



MONTEVIDEO
LIBRERÍA "CERVANTES" DE JOSÉ M. SERRANO
CALLE ANDES, 1370
1920

Páginas de Historia



Dorothy H. H. H.

DARDO ESTRADA

Páginas de Historia



MONTEVIDEO
LIBRERÍA CERVANTES DE JOSÉ M. SERRANO
CALLE ANDES, 1370
1929

Dedicatoria

Dos sentimientos delicados: amistad y estima intelectual,— se unieron para presidir la composición de este libro de ensayos históricos.

Dardo Estrada emprendió el viaje eterno cuando tenía bosquejada la publicación de las páginas que ahora sus amigos damos a la publicidad reunidas como una muestra, aunque imperfecta, de sus singulares dotes de laboriosidad, penetración y alto conocimiento de las materias que fueron la pasión de su vida.

No corresponde en esta página dedicatoria y de mero preámbulo hacer la apreciación crítica ni del autor ni del libro; la amistad que por Estrada sentimos, convertida en intenso y melancólico dolor nos lo impide en buena parte. Era un amigo fiel, de todas las horas; sabía ser confidente mutuo de las alegrías y de las decepciones tempranas; y al lado de la vinculación personal del cariño palpitaban en él anhelos superiores de vida mental, planes de reforma científica de la patria, cuyos orígenes con tanto tesón había escudriñado...

Sus amigos queremos salvar del triste naufragio los granos de oro del precioso lastre que tan clara inteligencia portaba, y por eso aparecen en un haz los frutos que al margen de erudita labor maduraron en aquella juventud.

Algunos semejarán apenas esbozados. Nuestro recuerdo personal nos los representa con el ropaje definitivo que Estrada iba tejiendo para ellos y de que pensaba exornarlos en breve. Motivos crecientes para renovar la profunda pena que la muerte de su autor engendró en nosotros. Tienen, sin embargo, valores sólidos, y cuando el afecto no nos moviera, la publicación de ellos importaría un excelente servicio a los cultores de la historia nacional.

La sencillez austera del estilo, la sobriedad en medio a una acendrada erudición, el concepto sereno de la historia que en estos estudios, algunos inconclusos, son notorios, habría hecho florecer con absoluta certidumbre un notable sugeridor de las cosas de antaño.

Aun así, los fragmentos « opera interrupta », que en este libro se contienen, permiten perfilar la realización del verso de Vigny:

Une plume de fer qui n'est pas sans beauté,

*Mario Falcao Espalter. — Juan C. Gómez Haedo.
— Juan C. Carvalho Alvarez. — Hipólito Gallinal (hijo). — Horacio Correa. — Julio Lerena Juanicó. — Luis Varela Acevedo. — José L. Zorrilla de San Martín. — Ramón Irigoyen. — J. M. Fernández Saldaña. — José P. Arges. — Luis María Gallinal. — Pablo Blanco Accvedo. — Gustavo Gallinal.*

Los Planos de la Catedral

Los Planos de la Catedral

La revista « Arquitectura » en su último número, contiene una interesante respuesta, relativa a una consulta publicada en números anteriores, relacionada con la fábrica de la Iglesia Matriz.

Se dice en ese escrito hablando de los planos de la iglesia y refiriéndose a un detalle arquitectónico que él consta del proyecto de don José del Pozo. Según el espíritu y la letra de ese párrafo se da a entender que fué don José del Pozo el autor de los planos de la Catedral. Dato a mi juicio no bien comprobado como trataré de demostrarlo.

Esta versión que atribuye a del Pozo la ejecución de los planos tiene origen, según creemos, en el folleto que en 1904 publicó el doctor don Lorenzo Pons con el título de « Aniversario de la consagración del templo que es hoy Basílica Metropolitana de Montevideo ».

El presbítero Pons en su estudio y refiriéndose a los planos cita solo dos fuentes de información: el expediente de reedificación de la Iglesia Matriz de 1786 y la carta del presbítero don José Manuel Pérez Castellano de 1787, dirigida a don Benito Rivas, su maestro de latinidad, residente en Italia (1).

(1) Publicada en la Revista Histórica, Tomo 5 pág. 661.

Refiriéndose a estas dos fuentes dice que el presbítero don Juan José Ortiz encargó a su costa y en forma privada a don José del Pozo en 1775 los planos de la nueva iglesia, y que, en el propio año, ya ejecutados, el gobernador de Montevideo don Joaquín del Pino los remitió a la aprobación del virrey del Río de la Plata, marqués de Loreto.

Ninguna de estas dos afirmaciones, autor y fecha, aparecen confirmadas, ni en la carta ni en el expediente, y en cambio, los mismos documentos estudiados imparcialmente nos dan un resultado completamente distinto.

Estableciendo la cronología de las fechas que cita el doctor Pons, tenemos, que el presbítero Ortiz se recibió del curato de Montevideo el 1.º de Enero de 1783 después de rigurosa oposición. Que en la carta de Pérez Castellano de 1787 hablando de Ortiz se dice que en esa fecha aún no tenía treinta años de edad de lo que resulta haciendo el cómputo de los años que aparece el presbítero Ortiz encargándole los planos a del Pozo a los diez y siete años de su edad y ocho años antes de hacerse cargo del curato.

En cuanto a la segunda afirmación o sea que fué del Pozo el autor de los planos, tampoco consta del expediente, pero sí, y esto con toda claridad, la participación que del Pozo tuvo en la fábrica de la iglesia.

Historiando el expediente en sus partes principales aparece primero el presbítero Ortiz presentando los planos, que habían sido ejecutados a su costo y en forma privada, al Gobernador del Pino, quien los eleva al marqués de Loreto, virrey del Río de la Plata para la aprobación correspondiente. El virrey lo traslada a informe fiscal y el fiscal marqués de la Plata no encuentra el expediente lo suficientemente sustan-

ciado, desea saber el costo aproximado de la obra y los fondos con que se cuenta para ejecutarla, y aconseja su devolución a Montevideo a esos efectos. Una vez devuelto el expediente a Montevideo, el Gobernador del Pino, en ejecución del cometido que le indica la vista fiscal ordena al ingeniero extraordinario encargado del Detall de la Plaza don José del Pozo, forme un presupuesto de la obra que ha proyectado el presbítero Ortiz y cuyos planos acompaña. Pide al mayordomo de Fábrica don Juan Pedro de Aguirre la relación de los fondos con que se cuenta para la obra, y una vez concluidas estas diligencias, el expediente se devuelve a Buenos Aires.

* * *

En lo que se refiere al verdadero autor de los planos y a los planos mismos muy pocas noticias se tienen, desde que en el expediente donde debían hallarse, faltan.

En la «Relación de mapas, planos, etc., del virreynato de Buenos Aires existentes en el Archivo General de Indias», que en 1900 publicó el jefe de ese archivo D. Pedro Torres Lanzas no aparece el plano de la Catedral, y en cambio existen y se describen los relativos a la Iglesia de Maldonado, obras de fortificación de Montevideo y varios puntos de la costa, y un sinnúmero de mapas y planos interesantísimos para el estudio de la arquitectura colonial en la antigua gobernación de Montevideo.

En el Archivo General de la Nación Argentina existe el expediente de reedificación a que anteriormente nos referimos, y como hemos visto allí tampoco aparecer los planos ni noticias de su autor.

De este expediente poseía una copia legalizada que en 1912 me facilitó el erudito historiador argentino don José Juan Biedma, director de ese archivo, y que actualmente no tengo a mano, como así mismo una copia, también legalizada y de la misma procedencia, de un oficio del virrey, marqués de Loreto avisándole al rey de España haber acordado el permiso para la reedificación de la iglesia; oficio enviado a España en el bergantín correo. «El Colón», en el que tampoco se habla del autor de los planos.

En el expediente de méritos y servicios del cura y vicario de Montevideo don Juan José Ortiz, formado en Buenos Aires, en 1809, (1) aunque constan los diversos méritos de Ortiz y especialmente los contraídos por la fábrica de la iglesia, que fué obra suya, y los diversos viajes que a su costa hizo a Buenos Aires en el período de 1784 a 90 relacionados con la iglesia, tampoco se dice quien fué el ingeniero a quien Ortiz encomendó los planos.

La única noticia positiva que nos queda es la que nos da el propio Pérez Castellano en la carta citada, y en la que creemos se encuentra la verdad sobre los planos y su autor. Dice así: «Ha tres años (1784) (2), que un brigadier de ingenieros portugués que está en el servicio de España, y lo está por ser muy hábil, levantó un plano de una hermosa Iglesia de tres naves para la Matriz; se remitió al Excmo. señor Marqués de Loreto, Virrey actual, y a la junta de Real Hacienda para su aprobación, y se espera con ansia para empezar la Iglesia que hace notable falta...»

(1) Publicado en los «Documentos relativos a los antecedentes de la Independencia de la República Argentina. (Asuntos Eclesiásticos) Buenos Aires, 1912.

(2) La carta es de 1787.

En esta época, en Buenos Aires no existía más Brigadier portugués al servicio del Virreynato, que el Brigadier de Ingenieros don José Custodio de Saa e Faria, autor de los planos de reformas definitivas de la Catedral de Buenos Aires.

Era don José Custodio oriundo de Portugal y antiguo Gobernador de la Provincia de Río Grande. Prisionero de Cevallos en el ataque de la Isla de Santa Catalina en Febrero de 1777 en donde se encontraba en clase de Ingeniero Militar, organizando la fortificaciones de la Isla, abandonó el servicio de su Rey, y pasó al de España radicándose en Buenos Aires. No ha de culparse a Custudio este abandono a su bandera; los tiempos eran duros, y el soldado vencido, responsable de un ejército o una plaza militar, estaba sujeto en su país a largos y humillantes procesos. Fué la suerte de las armas lo que le obligó a este paso.

La toma de Santa Catalina fué un suceso desdichado para las armas portuguesas; las fortificaciones se entregaron sin disparar un solo tiro, y el capitán que la defendía por Portugal, don Antonio Carlos Hurtado de Mendoza abandonó la Isla al primer ataque de las gentes del Virrey Ceballos. Aunque Custodio no era responsable de los errores de la Corte Portuguesa en el nombramiento de capitanes generales debía de conservar vivo el recuerdo del desgraciado capitán don Luis Osorio, ahorcado en Lisboa el 21 de Abril de 1768 por haber entregado la plaza de Castillos en la anterior contienda entre castellanos y portugueses.

En un tiempo, los historiadores argentinos, Dominguez entre otros, insinuaron la sospecha de que en Buenos Aires, Custodio ejercía de agente oculto de

Portugal, con la misión de estudiar el conflicto de límites, tan debatido entonces entre las dos coronas. Documentos conocidos posteriormente desvanecieron completamente esta sospecha y tan aparece desvanecida, que la « Memoria y plano para la demarcación de límites en esta América Meridional » que en 1778 presentó el Virrey Vertiz al del Brasil para la mejor inteligencia y ejecución exacta y fiel del tratado de San Ildefonso, es obra suya y lleva su firma al pie. Documento delicadísimo y hasta cierto punto reservado que el Virrey del Brasil no debió recibir con buen ánimo. Lo cierto es que en las cuestiones de límites con Portugal, Custodio tomó parte parte activísima y leal para con los Españoles.

Posteriormente el Rey don Carlos IV, en razón a su mérito, le reconoció su grado de Brigadier de Ingenieros, concediéndoles los despachos con anterioridad al 10 de Febrero de 1790.

Fué uno de los Ingenieros más reputados del Virreinato, a cuyos gobiernos asesoró en asuntos de su instituto en casi todas las obras que en su tiempo se efectuaron en Buenos Aires, desde las reformas definitivas de la Catedral, cuya obra dirigió, hasta las de la Casa de tabacos. Del expediente formado para esta última obra voy a transcribir el párrafo final del decreto en que se le pide opinión, por la forma favorable en que está concebido para Custodio... « y respecto de que al señor Brigadier de Ingenieros de los Reales Exercitos de S. M. C. don José Custodio de Saa e Faria le asiste la mayor inteligencia en toda clase de edificios, pásesele a dicho señor el competente oficio para que en su virtud y por lo que interesa al Real servicio de S. M. C. se sirva informarnos lo que le pareciere... » Y hay que considerar que se trataba

de un asunto de mero trámite en el cual no había para que calificar méritos del informante.

Volviendo a Pérez Castellano que es el que a mi juicio presenta una prueba digna de tomarse en cuenta, es una de las personas que nos merece más fé en sus dichos por la honorabilidad de su vida y a quien debemos suponer perfectamente enterado de las cosas de su tiempo, y mucho más tratándose de asuntos relacionados con su estado; mientras no se presente un testimonio de la época que contradiga la afirmación de nuestro primer agrónomo, es aventurado dar nombres más o menos probados, sino es que ellos vienen confirmados por algún documento o testimonio autorizado, como bien puede ser el caso de don José del Pozo, y el distinguido autor del artículo a que me he referido ser poseedor de ese documento, pero, si existe, es menester que el salga a luz, para su estudio y cotejo con el documento ya conocido.

El « Diario del Plata », Viernes 16 de Julio 1915.

Fundación de Melo

Fundación de Melo

I

En la mañana del 27 de junio de 1795, don Agustín de la Rosa, capitán de Infantería y comandante de la Frontera y Guardia del Cerro Largo, acompañado del teniente de Caballería de Blandengues don Manuel de Lizarazú, salía de la Guardia a elegir un paraje adecuado para la fundación de una Villa, cumpliendo lo que le indicaba la última correspondencia recibida de la Capital del Virreinato.

Era uno de los propósitos del Virrey don Pedro Melo en esta fundación, el agrupar las gentes que vagaban por las campañas del Norte y del Sur del río Negro, en sus nacientes, en un punto fijo y permanente que fuera asiento y cabeza de aquellos desiertos contornos, a la vez que cumplía uno de los objetos, quizá el más importante, que guiaba a los Virreyes en el fomento de nuestras Villas y lugares: cerrar la frontera y detener a Portugal en su doble acción de conquista de tierras y robos de ganados.

Llegando la Rosa a una pequeña altura, como a distancia de ocho cuadras de la Guardia del Cerro Largo, y seis del arroyo Tacuarí, sin brújula ni otro instrumento, y con sólo una cuerda de trescientas va-

ras castellanas,—después de invocar el nombre de Dios y el del Soberano reinante Don Carlos IV,—y tomando por base los cuatro vientos cardinales, delineó una plaza de cien varas por cada frente, agrupando en la dirección que ellos indicaban, las calles de la nueva población.

No repartió solar alguno, aunque se midieron varios de veinticinco varas de frente por cincuenta de fondo; área que sirvió de pauta para todas las donaciones que se hicieron en lo sucesivo.

Señaló en el frente de la plaza que miraba al Norte, amplio solar doble destinado a Iglesia y edificios públicos; y poniendo por nombre de la Villa que acababa de fundar, el de Melo, como un homenaje a quien había ordenado su erección, reservó al Virrey la determinación del Santo tutelar que había de ser patrono de la nueva Villa.

Aprobados sus actos y en uso de las facultades que le concedía el auto de fundación, comenzó la Rosa el reparto de la tierra.

A todo poblador que se presentaba solicitando ser vecino empadronado, se le concedía con la sola obligación de edificar casa en la Villa, solar en ésta, chacra en el ejido y suerte de estancia en los contornos.

En todo el año de su fundación, sólo se presentaron quince jefes de familia solicitando merced de tierras solares. Fueron estos quince primeros pobladores, siguiendo el orden en que se presentaron:

Juan Díaz.....	Junio	28 de 1795
José Muñoz.....	Agosto	23 de »
Roque Aleman.....	»	23 de »
Manuel Sanguino.....	»	23 de »

Agustín Zurruega.....	Octubre	20 de	»
José Rocha.....	Noviembre	3 de	»
Andrés Chichón.....	»	3 de	»
Manuel Ramos.....	Diciembre	8 de	»
Matías Silva.....	»	8 de	»
Bartolomé Neira.....	»	8 de	»
Francisco Navarro.....	»	23 de	»
Atanasio Sarza.....	»	23 de	»
Antonio de Laeba.....	»	25 de	»
Gerardo Arpuim.....	»	26 de	»
Pedro Pablo Porra.....	»	26 de	»

En marzo de 1796 se modificó el trazado de la plaza haciéndola cuadrilonga, dándole ciento cincuenta varas de frente por cien de fondo, como lo indican las Leyes de Indias (1), formalidad que no había sido tenida en cuenta.

La nueva villa, si tal puede llamarse a la agrupación de quince ranchos de barro o de fajina, no dispuso de cirujano hasta fines de 1796 en que llegó don Santiago Garzin, a quien, como a persona principalísima, se señaló solar esquina, en la plaza; y capellán hasta agosto de 1797 en la persona del doctor don Benito Enrique Ducos de Lahite.

Fieros fueron los afanes del doctor Lahite en los primeros tiempos de su ministerio.

A su llegada, el solar doble destinado a iglesia era un sitio baldío, cubierto de malezas; y dos años más tarde, en 1799, en una larga exposición al virrey Avi-

(1) Leyes de Indias Lib. IV. Tít. VII. Ley IX.

lés (1), le describía de esta manera el lugar en que cumplía sus obligaciones parroquiales: «la iglesia es un Ranchito de paja y palo a pique que de limosna tiene prestado uno de estos pobres vecinos». Y al finalizar el año de 1800, todavía Lahite urgía a los señores Fiscales de Su Majestad con nuevos pedimentos, en los que decía que los vientos y las lluvias habían trabajado de tal modo la techumbre del rancho que ya era imposible celebrar en él los sagrados misterios.

En 1802 al doctor Lahite sucedió en el curato el Presbítero don Pedro Antonio de Ortuño, y posteriormente, en 1809, éste fué a su vez sucedido por don Pascual Alejandro de Rivas, con el carácter de Cura Vicario y Juez Eclesiástico.

II

Los comandantes de la Guardia de Cerro Largo fueron durante el período colonial la única autoridad de la villa de Melo. Revisando el Libro de Padrón se ven desfilan sus nombres sin que aparezcan vinculados a una sola obra civil. Ocupados en guardar la frontera y reprimir el contrabando, nada hicieron en la nueva población si no es atender a la concesión de tierras realengas o baldías. Aun en esto, que fué la única actividad a que se dedicaron para el fomento de la villa, se nota una cierta desidia o somnolencia.

Generalmente el solicitante de la tierra se presen-

(1) Representaciones del Presbítero Ducos de Lahite al virrey Avilés, sobre construcción de Iglesia. De septiembre y noviembre de 1799 y febrero de 1800, Ms. del Archivo y Museo Histórico Nacional.

taba al comandante, que no residía en la villa sino en la Guardia, e indicaba el campo que sabía que en determinado paraje era realengo y sin ocupante. Casi siempre la merced era concedida, previa información que se levantaba con el objeto de constatar si la tierra solicitada era o no realenga. Otras veces, siendo el campo solicitado muy distante, se pedía informe al comandante de la Guardia más cercana, el que solía producir la información en forma tan poco cierta y segura como la que transcribo: « Pedimento de don Juan Cuenca ». Se trata de un campo situado en las márgenes del arroyo Caraguatá, cerca de los Cerros Blancos, que el capitán don Joaquín de Paz pasa al comandante de la Guardia del Piraf.

El informe dice: Guardia de San Luis, 2 de diciembre de 1808: *Arreglándome al parecer* del Baquiano » Josef Aguirre *me consta* que el terreno que esta » parte expresa es realengo. *Eugenio Leal*..

III

En lo que se refiere a la propiedad de los solares, chacras y estancias, parece que la donación fué perfecta y con escasas limitaciones.

Como se ha dicho, los comandantes recibían la denuncia y después de constatar si la tierra era o no realenga, hacían la merced: esta era la condición primera.

Hubo una limitación de carácter general que fué la de edificar casa en la villa, y las especiales siguientes: los solares, la de no perjudicar a terceros; las chacras, la de dejar un espacio de diez y seis varas entre cada

una para la comodidad de las entradas y salidas; las suertes de estancia, la de ser pobladas dentro de un espacio de tiempo que oscila entre seis meses y un año, y la de no perjudicar una posesión anterior.

Esto en general, pues en los años de 1799 y 1801 hubo una excepción: varias suertes de estancia se otorgaron haciendo constar que el solicitante había de presentarse en Buenos Aires dentro del término de un año, contado desde la fecha de la merced, para ser ésta confirmada por el Virrey, bajo pena de nulidad.

En cuanto a las superficie de las tierras donadas, no hubo un criterio fijo sino en los solares y las chacras, que fueron siempre, con escasas excepciones, de veinticinco varas de frente por cincuenta de fondo los solares, y de trescientas varas de frente por seiscientas de fondo las chacras. En cuanto a las estancias, como se donaban previa denuncia de los solicitantes, no se sujetaban éstos a la media legua de frente por una y media de fondo, que era lo que se llama una suerte de estancia, sino que denunciaban a veces enormes extensiones, buscando en la generalidad de los casos, límites naturales.

IV

Según Azara, en un informe (1) que a pedimento del virrey Avilés produjo sobre el estado de la nueva villa de Melo en 1799, el número de sus vecinos y moradores no pasaba de ciento cincuenta habitantes, que generalmente no residían en la villa, sino diseminados

(1) En la representación de Ducoş de Lahite de Septiembre de 1799,

en sus estancias; lo que explica el hecho que se observa en el Padrón de que, poco tiempo después de su fundación, casi no se concede solar en el pueblo que no se haga constar que se trata del concedido a determinado vecino que ha hecho abandono de la merced.

Los pobladores aceptaban como una pesada carga el solar del pueblo, y aun a veces las chacras, siendo solamente las suertes de estancia las que movían su interés; y a la verdad que hay que convenir en que muy poco aliciente debía ofrecer el ser poblador de una villa desierta.

Lo mismo ocurría con las chacras. Nadie quería ser agricultor donde podía ser ganadero en una época en que se encontraban en plena actividad las arreadas de ganados silvestres y sin dueño.

Solo en los sitios cercanos a la capital eran solicitadas las tierras de labranza. Y en cambio, campo que rescataban las partidas de blandengues a los indios infieles, en aquellas comarcas del Norte, ricas en ganados silvestres, o senda de contrabando y matreraje que era batida por los tenientes de Ramírez de Arellano o de Jorge Pacheco, tierra que era inmediatamente solicitada, y donde hábiles ganaderos de huincha y chiripá, sujetaban millares de animales vacunos.

Años más tarde, cuando el ganado silvestre comenzó a escasear, los últimos pobladores que habían solicitado merced de estancias en aquellas regiones, motivaron un bando que se publicó en 1800 y se repitió de 1803, reconviniendo a los que habían hecho abandono de sus estancias y las tenían despobladas, a que en un término señalado las pusieran en estado de laboreo, bajo pena de concederlas a nuevos pobladores.

V

Los comandantes no tuvieron jurisdicción civil ni criminal. Su autoridad alcanzaba hasta levantar una información sumaria de los hechos delictuosos y remitirla a Montevideo conjuntamente con los presuntos reos, los que hacían el viaje con grillos y en carretas.

Nunca actuaron por sí mismos. Delegaban su facultad en el oficial más antiguo, que con el carácter de Juez Provisional actuaba por falta de un escribano que autorizara las declaraciones de los testigos, con un cabo o un sargento de la guarnición nombrado a ese efecto.

Si la causa era de contrabando o de comisos, se enviaban también los efectos recogidos. Como la Guardia no disponía de carretas, estos viajes se hacían en las que proporcionaban los vecinos, previo ajuste del costo de cada viaje que era de treinta y cinco a cuarenta pesos por carreta, y se pagaba en Montevideo, con lo que producía la venta de los efectos, motivo del comiso.

El contrabando por la frontera de Cerro Largo se reducía en la época de la fundación de Melo, casi a un solo género: el tabaco negro del Brasil, que se traía en cantidades enormes, en relación a las necesidades de entonces, con gran perjuicio de la Real Hacienda, que tenía estancado el monopolio del tabaco. En lo que se refiere al comiso, eran los mismos contrabandistas que traían el tabaco, los que asociados a la gente maleante de nuestra campaña efectuaban las grandes matanzas y robos de ganados.

Debía ser asombroso el contrabando en nuestra frontera, abierta y casi desguarnecida, a juzgar por los que eran descubiertos y cuyos expedientes se encuentran en nuestros archivos. En el de la Escribanía de Gobierno he revisado cientos de expedientes de contrabando y de comiso.

En los primeros seis meses del año 1796, y solamente los aprehendidos en la Guardia de Cerro Largo arrojan la cifra de 2.432 cueros vacunos (1). Y eso que en este mismo año debió disminuir mucho el contrabando y las matanzas de ganado en esa parte de la frontera, pues en el mes de febrero, una partida volante que recorría las márgenes del río Negro, sorprendió y batió para siempre a Juan Ignacio Miño, el famoso *Caracará*, malevo empecinado y hábil ladrón de cueros y ganados que hacía inhabitables los campos de Pirafé.

Este destruir sin tregua las haciendas alzadas para aprovechar los cueros dejando abandonado el animal, dió margen al desarrollo de una nueva plaga que en épocas posteriores, cuando estuvo mejor guardada la frontera y escarmentado el matreraje, asumió proporciones alarmantes.

Manadas de perros cimarrones abandonaron los antiguos campos de corambre para caer como fieras salvajes sobre los rodeos mansos.

En 1807 don Joaquín de Paz, comandante de la nueva villa de Melo, cumpliendo órdenes del Cabildo de Montevideo, organizó una batida contra los perros cimarrones. Escogió lo más crudo de su gente, los que armados solamente de lanza y con los caballos más veloces corrieron durante veinte días los campos de su jurisdicción, estrechándolos vivamente, hasta que los

(1) 1796. Exps. núms. 7, 16, 16 a, 16 b,—27.

últimos sobrevivientes a la matanza, sedientos y famélicos, se internaron por la sierra del Tape, rumbo a las tierras del Brasil.

VI

En cuanto a otras autoridades de la villa, en 1801 aparece don José Núñez (1), uno de los más antiguos pobladores, con el carácter de alcalde, dictaminando en un permiso solicitado por don Bartolomé Neira para establecer un horno de ladrillos, que no había. El permiso le fué concedido.

Pasado algún tiempo, el Presbítero Pedro Antonio de Ortuño, después de entregar el curato a su sucesor Pascual de Rivas, se dedicó a la misma industria, estableciendo un horno en la costa del Tacuarí.

VII

La población de Melo languideció, pues, durante varios años sin ninguna manifestación de vida o de progreso. Su fomento dependía de las labores agrícolas, y todos sus vecinos y moradores empadronados, lo fueron solamente de nombre; no hicieron más que agruparse un momento en la proyectada villa, solicitar la concesión de las tierras realengas de los contornos

(1) Diputado en 1813 por la Villa de Melo y su jurisdicción al Congreso celebrado en la Capilla del Niño Jesús, chacra de don Francisco Maciel.

y a cambio de la promesa mal cumplida de edificar casa en la villa, volver a diseminarse en los feraces campos vírgenes llevando el codiciado trozo de papel que garantía la posesión de la tierra y el usufructo de ingentes riquezas ganaderas.

VIII

En el momento de la fundación, dice la Rosa que deja a la elección del Virrey la determinación del Santo tutelar de la villa, y Juan Manuel de la Sota (1) que en 16 de febrero de 1805 el obispo de Buenos Aires, don Benito de Lue y Riga, la erigió en curato, poniéndola bajo la advocación de San Ratael, en memoria del entonces Virrey marqués Rafael de Sobremonte.

No conozco la fuente en que toma el dato de la Sota, así que tengo que aceptarlo tal como él lo consigna. Sin embargo, apuntaré este hecho curioso: en el Libro Padrón, a partir del año 1800 y como encabezamiento de casi todos los asientos, se dice: « En la villa de Nuestra Señora del Pilar de Cerro Largo, nombrada de Melo ».

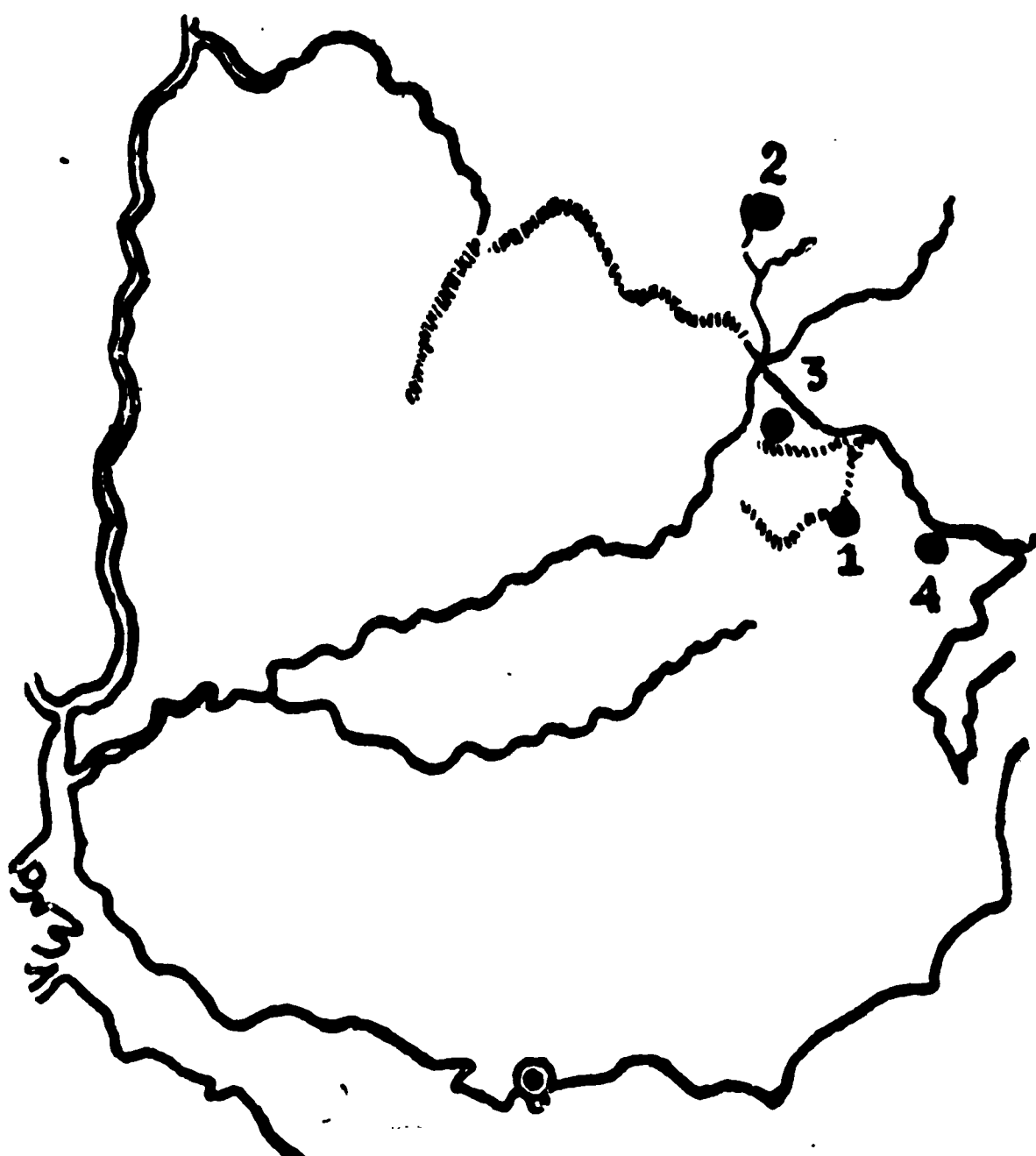
IX

La gran Guardia de Cerro Largo precedió en muy pocos años a la fundación de villa de Melo.

La estableció en 1792 el Virrey don Nicolás de Arredondo para que fuera asiento de las partidas volantes que recorrían la frontera obstaculizando el contraban-

(1) Catecismo Histórico y Geográfico.—Montevideo, 1855—Pág 50.

do. De ella dependieron las de San Luis del Pirai, Arredondo y Aceguá. En sus primeros tiempos y hasta el año de 1800, dependieron también las guardias



1. Gran Guardia del Cerro Largo.
2. Guardia de San Luis del Pirai.
3. Guardia de Aceguá.
4. Guardia de Arredondo.

más lejanas de Batoví y San Rafael, ubicadas entonces en tierras que hoy pertenecen al Brasil.

Fueron comandantes de la villa de Melo, a la vez que de la Guardia y Fortín de Cerro Largo, durante el período colonial, con el grado que tenían en la época de su gobierno:

- 1795—Don Agustín de la Rosa, capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires.
- 1798—Don Joaquín de Soria y Santa Cruz, coronel de los Reales Ejércitos.
- 1799—Don Lázaro Gómez, capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires.
- 1800—Bartolomé Riesgo, capitán del Regimiento de Caballería de Blandengues de la Frontera de Montevideo.
- 1800—Francisco Antonio Martínez, capitán de infantería.
- 1801—Lázaro Gómez, capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires.
- 1801—Don José Bolaños, capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires.
- 802—Don José Francisco de Tineo, Caballero de la Orden de Carlos III, capitán del Regimiento de Dragones de Buenos Aires.
- 1802—Don José Ignacio Gómez, capitán del Regimiento de Infantería de Buenos Aires.
- 1803—Don Cayetano Ramírez de Arellano. (No conozco su grado militar de ese año).
- 1807—Don Joaquín de Paz, teniente coronel de los Reales Ejércitos.

X

Con el último comandante español ocurrió un hecho curioso.

Don Joaquín de Paz empezó su carrera en clase de alférez en la Guardia del Chuy, antes de 1800. Alcanzó todos sus grados en el servicio de frontera guerreando

contra los portugueses. Y en 1812, o cae prisionero de las fuerzas lusitanas que en ese año invadieron al país, o huye voluntariamente a la Guardia portuguesa del Uruguay por no plegarse a la revolución que entonces se iniciaba,—que con certeza no he podido averiguarlo,—de donde aparece más tarde sirviendo durante los últimos años de su vida, la bandera que había combatido tenazmente en su mocedad.

Con Joaquín de Paz fueron a la Guardia brasileña del Uruguay los libros de Padrón y archivo de la villa, de los que posteriormente, algunos papeles pasaron a la Legación Española en Río, de donde vinieron a Montevideo.

XI

Aparte de los elementos citados en el texto, es fuente principal de estos apuntes, una copia del Libro Padrón de la villa de Melo, que poseo.

No tiene fecha, pero no sólo la calidad del papel, sino el estado de la tinta y el carácter de la letra, inducen sea contemporánea del acto de la entrega que don José María de Alós, Encargado de negocios de España en nuestro país, hizo al Gobierno de la República, y en su representación al entonces Archivero General don José de Trápani, del Libro Padrón original.

Acto que se efectuó en Montevideo el 13 de mayo de 1852.

Asencio

Asencio ⁽¹⁾

Señor Presidente del Instituto Histórico y Geográfico
don Francisco J. Ros.

No siendo usual llamar a los accidentes geográficos con nombres que no despiertan ninguna idea representativa, puede asegurarse que todos son en su origen, significativos.

Digo en su origen, porque la característica que pudo haber determinado en el lugar y en el tiempo el origen del nombre, hoy puede haber desaparecido totalmente sin dejar el más insignificante vestigio, y sin embargo, imponérsenos con absoluta certidumbre que su origen es el que su propio nombre está indicando.

Esta observación, que es de carácter general, se cumple aún en los pueblos de civilización inferior.

Nosotros, con las razas indígenas que habitaron nuestro territorio, podemos presentar un ejemplo de ello.

Haciendo abstracción de las discusiones relativas a

(1) Informe del Instituto Histórico y Geográfico en el conflicto entre la Junta Económico Administrativa de la Capital y la Comisión auxiliar del Paso del Molino sobre la ortografía de la palabra Asencio, suscitado con ocasión de dar ese nombre histórico a una calle de Montevideo.

que si los primitivos habitantes del Uruguay eran una raza autóctona, o una parcialidad chaqueña, o un desprendimiento de la gran familia Guaraní, y teniendo solamente en cuenta los vestigios que esa raza dejó en nuestra nomenclatura geográfica, tenemos que no aparece un solo nombre indígena al que los etimologistas no encuentren un significado estricto.

I

Varios son los orígenes que se distinguen claramente en nuestra nomenclatura geográfica: los que indican una cualidad característica, los que se refieren a personas y los nombres indígenas.

Los que indican una cualidad característica en el momento y en el tiempo en que le pusieron el nombre las gentes del contorno, se repiten hasta cuatro y cinco veces por departamento.

Citaré un caso: Sarandí. Accidente geográfico al lado del cual se encontraba posiblemente un Sarandí.

Arroyo del «Sarandí» Departamento del Durazno.
Afluente del Arroyo del «Guayabo».

Arroyo del «Sarandí». Departamento del Durazno.
Afluente del Arroyo de la «Higuera».

Arroyo del «Sarandí». Departamento del Durazno.
Afluente del Arroyo de «La Mina».

Arroyo del «Sarandí». Departamento del Durazno.
Afluente del Arroyo de «Los Molles».

Arroyo del «Sarandí». Departamento del Durazno.
Afluente del Arroyo de «Las Rengas» (1).

(1) Seguramente es un apodo.

En el mismo caso que el Sarandí, se encuentran los nombres del Ombú, de la Palma, de Las Piedras, del Guayabo, del Sauce, del Tala, del Talita, del Totoral, del Juncal, del Laurel, de los Molles, del Blanquillo, de la Tuna, de la Higuera, del Espinillo, del Canelón, del Curupí, y así al infinito.

Estos como los más generales, pues seguidamente aparecen los que indican semejanza, cualidades, sucesos determinados: las dos Hermanas, Montevideo, la Sola, del Vichadero, Brujas, India Muerta, Hondo, Chico, Grande, del Medio, Chato, Pelado, Animas, del Penitente, del Aguila, Manantiales, Bravo, Malo, del Pescado, Carreta Quemada, la Angostura, de los Ahogados.

Hay algunos nombres que son hermosísimos como ejemplos de semejanza. En el Cerro Largo, en el antiguo camino que iba del Pueblo de Melo a la Guardia de Arredondo, muy cerca del Arroyo del Chuy se abre una quebrada honda y estrecha, circundada de enormes trozos de piedra. Este macizo es conocido en el contorno con el nombre de «Apretado de Piedra».

Algunas veces aparecen nombres extranjeros. Son escasísimos y obedecen siempre a la misma ley. Citaré un caso. El Cerro «Bicudo», en el Departamento de Rocha, cercano a la «Sierra de San Miguel». Está formado por una masa de piedras sueltas, culminando en un pico alto y agudo. «Bicudo» es vocablo portugués. Su equivalente en castellano, es «Picudo».

Los que se refieren a personas aparecen en número tan grande como los anteriores, por lo que voy a circunscribir las indicaciones a muy pocos casos:

«Laguna de Nieto». En el Departamento de Treinta y Tres, cerca del Río Tacuarí, donde éste hace barra

con el «Arroyo del Campamento». Primitivo propietario de esos campos, don Rafael Nieto.

«Paso de Albertano», Departamento de la Colonia. En el Arroyo de las Víboras. Da entrada a los campos de don Alberto Alza.

«Cañada Arroyo». Departamento de la Colonia Desemboca en el Arroyo de las «Vacas». Primitivos propietarios de esos campos don Félix y don Lorenzo Arroyo.

«Rincón de Conde». Departamento de Canelones. Terreno comprendido entre el Río Santa Lucía y el Arroyo Tala. Propiedad del coronel Gregorio Conde.

«Arroyo Amarilla». Departamento de Cerro Largo. Nace en la cuchilla de la «Tuna Sola». Primitivo poseedor don Lorenzo Amarilla.

«Rincón de Alzaibar». Departamento de San José. Campo comprendido entre las puntas del «San Gregorio», el Río «Santa Lucía» y la costa del «Plata». Primitivo propietario don Francisco Alzaibar.

«Paso de las Duranas». Departamento de Montevideo. Primitivos dueños de los terrenos del Paso, las hermanas Duran.

«Rincón de Caldas». En el Departamento de Cerro Largo, ubicado cerca del «Paso Gordo» en el «Tacuarí». Primitivo poseedor don Gabriel Caldas.

«Cerro de Cardozo». Departamento de Tacuarembó. Solo aparece marcado en las cartas antiguas. Célebre denuncia de don José Cardozo de 1791 que comprendía medio Departamento, desde los Arroyos «Tacuarembó chico», el «Grande», y el «Yaguarí», hasta las puntas del «Arroyo Caraguatá».

«Pando». Pueblo. Arroyo. En el Departamento de Canelones. En 1760 don Antonio Pando obtuvo por Real Cédula los campos que están sobre el hoy «Arroyo de Pando».

• Arroyo José Ignacio •. Departamento de Maldonado. Desagua en la laguna del mismo nombre. Laguna de «José Ignacio». Primitivo poseedor de esos campos don José Ignacio Silveira.

• Calera de García •. Departamento de Canelones. Paraje comprendido entre el Río «Santa Lucía» y el «Santa Lucía chico», donde a principios del siglo pasado se encontraba la Calera de don Tomás García.

Durante la dominación Brasileira esta propiedad fué erigida en Baronía con el propio nombre, siendo su propietario el general don Tomás García de Zúñiga, Barón de la Calera.

• Cerro del Cabildo •. Departamento de la Florida, Situado a doce kilómetros al N. E. de la ciudad de la Florida. Se encuentra en los campos donde estaba ubicada la antigua estancia del Cabildo de Montevideo.

• Paso de Carduz •. Departamento de Soriano. En el curso superior del Río San Salvador. Da entrada a los campos de don Blas Carduz.

En el «Yaguarón chico», en el Departamento de Cerro Largo, hay un Paso conocido con dos nombres casi equivalentes pero distintos. En el mapa de Cortesi y Méndez se le llama «Paso de María Isabel» y en el mapa de don Melitón González se le llama «Paso de la Tía Isabel».

El actual «Valle de Fuentes» en el Departamento de Minas, una de las regiones de pasturas más finas del Departamento, comprendida entre el Arroyo Marmarajá y el Cerro del Penitente, propiedad hoy de la Sucesión Fuentes, y conocida por tal «Valle de Fuentes» en las últimas cartas geográficas, en el mapa del general Reyes, en la edición de 1845, aparece como «Valle de Juan Gómez».

II

Establecido el hecho de que toda denominación geográfica tiene un sentido estricto, y que nunca es una denominación caprichosa, parece que no debe vacilarse en afirmar que el Arroyo «Asencio», ateniéndonos a su etimología, pertenece a los nombres geográficos que indican personas. Godoy, en sus «Etimologías de apellidos castellanos», págs. 16, 53, y 151 lo consigna como tal, y lo deriva de los apellidos originados en creencias religiosas en la siguiente forma: de la Ascensión: forma latina y castellana antigua—Ascencio y Assencio—forma castellana actual prevalente—Asencio.

Establecido esto, se han efectuado algunas investigaciones cartográficas en documentos posteriores a 1700, con el objeto de conocer la fecha en que comenzó a emplearse esa denominación geográfica.

Se consultó primeramente la gran carta «*Paraquariæ Provinciae Soc. Jesu cum Adjacentibus Novissima descriptio post iteratas, et plures observationes Patrum Missionariorum ejusdem Soc. tum hujus Provinciæ, cum et Peruanæ accuratissime delin a Matthaco Seuttero S. C. M. G. August. Cum Gratia et Privil, S. R. J. Vicariatus in partibus Rheni, Sveviæ et Juris Franconici.*

Adm. R. in Christo Patri Suo P. Michaeli Angelo Tamburino Soc. Jesu Praep. Generali XIV. Hanc Terrarum Filiorum Suorum sudore, et sanguine exultar et rigatarum tabulam. D. D. D. Provincia Paraquariæ. Soc. Jesu. . impresa en Nurember en 1700. En esta hermosísima carta aparecen ubicados y hasta con

leyenda el Arroyo San Salvador y el Arroyo de las Vacas, pero no el Asencio.

En las mismas condiciones se encuentra la carta de Herman Moll, publicada en Londres en 1750 (*According to the Newest and most Exact Observations is most Humbly dedicated by your Lordship's most humbly Servant Hermann Moll Geographer. B. Lens delin. G. Vertue Sculps. Londón: 1750*).

El «Mapa dos consfins do Brazil com as terras da Corôa de Espanha na America Meridional. Pelo ajd. Ingenheiro Jozé Monteiro de Carvalho. O que está de Amarello he o que occupaô os Portugueses. O que está de ôr de Rosa o que tem occupado os Espanhães. E que fica em branco athé agora não se acha occupado—anno de 1752», tampoco consigna dato alguno sobre Asencio.

Esta relación de mapas relativos a la época colonial, en que no aparece el nombre de «Asencio», y que en cambio se consignan los nombres de Arroyos tan insignificantes como éste, es interminable. La Mapoteca de la Biblioteca Nacional, dispone de más de ochenta cartas, las que fueron consultadas sin excepción. Las pocas que cito, son las más completas, las que dan mayores detalles sobre esa parte de nuestro territorio, como el «Mapa Geográfico de la América Meridional, dispuesto y grabado por don Juan de La Cruz Cano y Olmedilla, Geógrafo Pens. de S. M. etc., teniendo presente varios mapas y noticias originales con arreglo a las observaciones astronómicas: 1775, publicado en 1776 que consigna hasta con leyenda el Arroyo «Cololó» y el de las «Víboras», y el Arroyo «Maula» que corre casi paralelo al «Asencio», y cuyo caudal de aguas no es mucho mayor que el «Asencio». Sin embargo, a éste no lo consigna.

Saliendo de la época colonial el Arroyo «Asencio» aparece en casi todos los mapas de la República.

La «Carta Esférica de la Confederación Argentina y de las Repúblicas del Uruguay y del Paraguay, que comprende los reconocimientos practicados por las primeras y segundas subdivisiones españolas y portuguesas del mando de los señores don José Varela y Ulloa, don Diego de Alvear y el Teniente General Luciano Sebastián Xavier da Vega Cabral da Camara y el coronel Francisco Juan Roscio, en cumplimiento del Tratado Preliminar de Límites de 11 de Octubre de 1777. Construída oficiosamente en 1802 por el segundo Comisario y Geógrafo de la sobre dicha segunda subdivisión española don José María Cabrer, para desatar las dudas ocurridas entre los referidos jefes, y que ambas Cortes pudiesen deliberar sobre la importante obra de Límites publicada en París en el año 1853, no menciona el «Asencio» (1).

La «Carta Geográfica del Estado Oriental del Uruguay y Posesiones adyacentes, trazada según los documentos más recientes y exactos, publicada bajo la dirección del señor A. Roger, Cónsul de Francia y dedicada al Excm. señor Presidente General don Fructuoso Rivera» publicada en París, en 1841, lo consigna y lo llama «Ascencio».

El Mapa del General Reyes en la primitiva edición de 1845, litografiado en Buenos Aires por Alberico Isola en la Litografía «Las Artes» de Luis Aldao, ubica el Asencio Grande y el Asencio Chico, pero no les pone leyenda.

El propio General Reyes en la edición de su «Carta

(1) Esta carta puede considerarse como fuera de la época Colonial, dada la fecha en que se dió a la estampa.

Geográfica de la República Oriental del Uruguay, publicada en París en 1860, lo consigna bajo el nombre de «Asencio».

Los señores Senén Rodríguez y Eduardo Canstatt en su carta publicada bajo el Patrimonio de la Dirección General de Obras Públicas, y construída por el agrimensor don Senén Rodríguez, en 1898, lo consignan bajo el nombre de «Asentio».

La «Carta Geográfica de la República Oriental del Uruguay», construída por el agrimensor don Melitón González (1902) lo consigna como «Asencio».

Ambruzzi en su «Mapa Histórico» de la República Oriental del Uruguay, publicado en 1898, lo consigna como «Asencio».

El «Mapa de la República Oriental del Uruguay», construído con datos existentes en el Archivo de la ex-Dirección de Obras Públicas, archivos particulares, datos tomados en el terreno y antecedentes suministrados por las autoridades locales y propietarios de tierras, por los señores Saturnino Cortesi y Anibal C. Méndez, publicación examinada y aprobada por el Departamento Nacional de Ingenieros (1903), lo consigna como «Ascensio».

El último Mapa que he tenido ocasión de observar, es el publicado este año por el señor Arturo Carbonell Debali, que no lo consigna.

Dado lo insignificante de esa corriente de agua, el estudio cartográfico no dió más resultados que constatar que la acepción Asencio es la dominante en las Cartas, con la sola excepción de tres Mapas publicados en el extranjero en el que se le llama indistintamente Ascencio y Asentio, que más parece error de imprenta que puesto deliberadamente.

III

En vista de este resultado se resolvió consultar los títulos originarios relativos a los campos por donde corre el Arroyo Asencio, que se custodian en el Archivo de la Escribanía de Gobierno, con el objeto, no solo de rastrear la fecha en que comenzó a emplearse oficialmente aquella donominación, si no también con el de investigar si entre los primitivos poseedores de ese campo, se encontraba alguno apellidado Asencio.

En este archivo se revisaron tal vez un centenar de expedientes relativos a campos ubicados en el Departamento de Soriano. Muy pocos son los que se refieren a la región por donde corren ambos «Asencio» (1) Sin embargo, citaré varios de ellos con los que he podido reconstituir su historia, desde que salen del dominio fiscal hasta el año de 1830 (2).

Fué su primitivo dueño don Juan Sagasti, quién los adquirió de la Superintendencia y Junta Superior

(1) Año 1810 Expes. N.º 28, 78 y 163. Año 1811, Exptes. N.º 135, Año 1812, Exp. N.º 7. Año 1820, Expes. N.ºs 1, 4, 10 y 17. Año 1821. Expes. N.ºs 73 y 82. Año 1822. Exps. N.ºs 131 y 160. Año 1825 Expt. N.º 257. Año 1825. Exp. N.º 3. Año 1828. Exp. N.º 64. Año 1831. Exps N.º 55 y 156. Año 1832, Exps. N.º 162, 167, 184, 194, 195, 198, 203, 232, 245 y 276. Año 1833, Exps. N.ºs 44, 45, 68, 70, 71, 75, 78, 93, 100, 114 y 133. Año 1834, Exps N.ºs 269, 270, 273 y 289. Año 1835. Exp. N.º 96. Año 1836. Exp. N.º 162. Año 1839. Exp. 132 y Año 1842, Exp. N.º 62. Todos estos expedientes aparecen en el índice como de campos ubicados en Soriano sin especificar en que paraje, por lo que hubo que revisarlos todos.

(2) Año 1821. Exp. N.º 73. «Demanda puesta por parte de doña Felicia Echea y don José Félix Díaz, viuda, hijo y heredero de

de Real Hacienda de Buenos Aires, el 15 de Octubre de 1787. En el documento de venta se dice que se trata de los campos comprendidos entre los Arroyos Asencio y Dacá».

Al año siguiente de adquiridos (27 de Junio de 1788) don Juan Sagasti vendió la propiedad de esos campos por ante el Notario Real don Juan Pedro Rocha de Buenos Aires, a don Pedro Isidro Urquiaga.

Urquiaga, trabajó el campo con animales de cría y con una gran Calera que estableció, hasta el año de su muerte que fué el de 1794.

Al año siguiente, 1795, 17 de Setiembre, y por Acta celebrada en Buenos Aires, por los acreedores del concurso causado por la muerte de don Pedro Isidro Urquiaga, y con anuencia del Juez de Difuntos, se le adjudica a don Juan Bautista Díaz, la Estancia denominada de «La Calera» (1) situada en las márgenes del Arroyo «Asencio».

Según parece don Juan Bautista Díaz, no toma posesión de la Estancia, y son sus herederos y sucesores, quienes en 1821, aparecen reclamando la propiedad del campo que entonces se encuentra poseído por varios ocupantes, con quienes sostienen pleitos los

don Juan Bautista Díaz para tomar posesión de su Estancia entre los arroyos «Asencio y Dacá, costa del Río Negro, inmediaciones de la Capilla de Mercedes».—Año 1824, Exp. N.º 257. «Demanda puesta por don Ramón Reyes y don Claudio Rodríguez, contra los herederos del finado don Juan B. Díaz, sobre propiedad de terrenos en las márgenes del Arroyo Asencio».—Año 1832, Exp. N.º 167, «Don Félix Rodríguez sobre tierras en Asencio».

(1) Es curioso el hecho de que esta denominación de «La Calera» no aparezca en ningún otro documento. Entre los historiadores y geógrafos, es el doctor López el único que la emplea como lugar en que ocurrió el Levantamiento de 28 de Febrero de 1811.

herederos de Díaz; pleitos que aun subsisten pasado el año 1830.

En los expedientes citados se le llama indistintamente «Asencio, Ascencio, Assencio y Azencio»; dominando la primera forma. Es también la empleada en la venta de 1787.

IV

Como dato concreto sacamos de la documentación revisada que no fueron sus propietarios quienes dieron nombre al Arroyo; que antes de 1787, ya se le llamaba «Asencio», cuando todavía el campo era realengo y sin ocupantes con título legal.

Sin embargo, como ya lo hemos manifestado, ateniéndonos a su etimología, no puede tener otro origen.

El demostrar en forma cierta y segura el origen de muchos de los nombres de nuestros Arroyos, es tarea absolutamente imposible. Solo la casualidad podría, en determinados casos y circunstancias esclarecerlos documentalmente, ya que según hemos visto, aunque muchos son los propietarios que dan sus nombres a los distintos parajes, también es cierto que muchos de ellos son anteriores a toda propiedad particular, cuando todavía la tierra pertenece a la Corona, como el Arroyo «Chafalote», cuya denominación le viene del apodo de un antiguo soldado, morador del contorno, según la Sota (1). «Rocha», Departamento, Laguna, Cerro, que deriva de un antiguo vaquero que faenaba en la costa del Arroyo llamado hoy de «Rocha».

(1) La Sota, Catecismo, pág. 51 y sigte.

Los «Cerros de Ojolmí», (en el departamento de Flores), los que en 1726 toma don Pedro Millán de mojón, para señalar el término y jurisdicción de la ciudad de Montevideo recién fundada, en una fecha anterior a toda propiedad, cuando casi toda la hoy República era baldía y realenga ya entonces llevaba un nombre personal, «Ojolmí», faenero que moraba en sus cercanías según cuenta la crónica. Solo verdaderas casualidades como ésta, que los tome Millán de mojón, pueden sacar a los «Cerros de Ojolmí» de su oscuridad.

En el presente caso le presta notoriedad al Arroyo «Asencio» el hecho de suponerse que en sus márgenes precisamente, se dió el primer grito de Libertad el 28 de Febrero de 1811 (1). Pero, como en la crónica y la documentación contemporánea de éste suceso no se nombra el Arroyo Asencio, menos puede hablarse en ella de su origen.

Hay todavía un hecho que es muy sugerente.

En este pequeño rincón comprendido entre los Arroyo Dacá y el Río Negro, aparecen cinco accidentes geográficos que llevan el nombre de Asencio: el Arroyo «Asencio Grande», que va a desaguar al «Río Negro»; el Arroyo «Asencio Chico», que desemboca en el Grande; el Cerro de «Asencio», que cierra el espacio comprendido entre el Río Negro y las nacientes del Asencio Chico. En el «Río Negro», frente a la desembocadura del Arroyo «Asencio Grande», la Isla de «Asencio», de tres mil metros de largo, de propiedad municipal. Y finalmente, en el propio «Río Negro» un poco más abajo de la Isla, el «Paso de Asencio», solo vadeable en las grandes bajantes.

(1) «La Gaceta de Buenos Aires», al hablar del suceso del 28 de Febrero en artículos, documentos y correspondencias, no nombra el Arroyo.

¿Esta repetición de un solo nombre puesto a los diversos lugares geográficos comprendidos en el pequeño rincón formado por el Río Negro, con el Arroyo Dacá, no está diciendo el nombre de un poblador que la costumbre vinculó a todos los accidentes geográficos del lugar de su morada? •

Ahora bien: como último resultado de nuestras investigaciones, solo nos resta exponer que, apartando al Deán Funes (1), Torrente (2), Pascual (3), Mitre (4), y Berra (5), que el hablar del suceso del 28 de Febrero de 1811, no nombran al Arroyo; del doctor López (6), que al mencionarlo lo da por efectuado en el «Rincón de la Calera», y don Isidoro De María que lo llama indistintamente «Asencio» o «Ascencio», Bauzá en el tomo III pág. 104 de la Historia de la Dominación Española en el Uruguay, le llama Asencio: Don Domingo Ordoñana en la página 137 de sus «Conferencias Sociales y Económicas» tan interesantes y tan llenas de datos y noticias relativas a los departamentos de Colonia y Soriano, le llama también «Asencio»: el doctor Eduardo Acevedo en su «Artigas» tomo I pág. 257, le llama «Asencio»: el doctor Juan Zorrilla de San Martín en su «Epopeya de Artigas» tomo I

(1) Funes, Ensayo de la Historia Civil de Buenos Aires, Bs. As. 1856, T. II. pág. 373.

(2) Torrente, Historia de la Revolución Hispano-Americano Madrid 1828 T. 1, pág. 166.

(3) De Pascual, Apuntes para la Historia de la República Oriental del Uruguay, París, 1864, T. 1. pág. 8 y sig.

(4) Mitre, Historia de Belgrano, Bs. As. 1887, T. 1, pág. 312.

(5) Berra, Bosquejo Histórico, Montevideo 1895, pág. 408.

(6) López, Historia Argentina, Buenos Aires 1911. Tomo 3.º págs. 365 y siguientes.

pág. 192, le llama Asencio»: don Justo Maeso en «Artigas y su Epoca» tomo III pág. 18, le llama «Asencio»: el doctor Pablo Blanco Acevedo en su «Historia de la República» pág. 100 y siguiente le llama «Asencio»: don Luis C. Bollo en su «Geografía del Uruguay» pág. 83 de la undécima edición de 1914, le llama «Asencio», don Julián O. Miranda en su «Novísima Geografía» pág. 84 en la segunda edición del 1908, le llama «Asencio»: el doctor Héctor Miranda en «Los Congresos de la Revolución» publicado en «Los Anales de la Liga de Estudiantes Americanos» N.º 3, pág. 357, le llama «Asencio»; don Orestes Araújo en todos sus libros, le llama «Asencio» y «Asencio» le llama el General de Ingenieros don José María Reyes en la pág. 91 de su «Descripción Geográfica del Territorio de la República Oriental del Uruguay», publicada en Montevideo en 1859.

V

El que suscribe opina que, en vista del resultado negativo de estas investigaciones en cuanto se refiere a encontrar la prueba que demuestre documentalmente su origen, y teniendo en cuenta que todos los nombres que integran nuestra nomenclatura geográfica son siempre, en su origen, significativos, y que, según su etimología, la denominación castellana «Asencio» deriva como nombre, y como apellido de la acepción latina «Ascencio» y forma castellana anticuada Assencio. Que aún cuando el estudio de los títulos originarios nos demostró que el nombre o apellido «Asencio» no aparece entre sus primitivos poseedores

con título legal, pero, que, según lo hemos demostrado puede derivar su nombre de un poseedor anterior a toda propiedad privada. Que esta denominación es con la que se le conocía en 1787 cuando el campo era todavía realengo, el Instituto aconseje a la Intendencia, desechar la forma latina «Ascencio» a la cual no hay razón alguna para volver, estando la forma castellana «Asencio», que según se ha visto en la documentación cartográfica, histórica y documental exhibida, es la sancionada por la costumbre.

**Fuentes documentales
para la Historia Colonial**

Fuentes documentales para la Historia Colonial ⁽¹⁾

I

Esta lectura en cierta manera y en cuanto me es personal, no es más que un programa de trabajo a desarrollar en el futuro, relativo a la historia colonial. Como este programa se cumple y desarrolla con elementos documentales que aún no circulan impresos, ha de permitírseme que exponga en forma sumaria y brevísima, el concepto actual relativo a la manera de trabajar el material histórico en sus fuentes; concepto que es el aplicado a la colección de documentos motivo de esta exposición.

En materia histórica se sienta generalmente una afirmación indiscutida: la de que el fundamento de todo conocimiento del pasado radica en los vestigios que las épocas históricas van dejando de sí; sean estos de la naturaleza que fueren: restos, monumentos, útiles, medallas, documentación escrita, literaria.

Bernheim (2), el más acreditado de los tratadistas

(1) Conferencia leída en el Instituto Histórico y Geográfico el día 28 de Julio de 1917.

(2) Des Lehrbuch des Historischen Methode.—Leipzig, 1894,

alemanes de metodología histórica al sentar esa afirmación y refiriéndose a las fuentes del conocimiento las divide en dos categorías: vestigios y tradición, entendiendo por vestigios los hechos o consecuencias de un hecho que aun subsisten, y por tradición, la idea o interpretación que ha sido transmitida de aquel hecho al través del tiempo por la inteligencia humana.

De esta manera, Bernheim, y con él todos los tratadistas establecen una categoría en las fuentes históricas.

Colocan en primer término los hechos o sus consecuencias en su sentido más estricto, actuando por si mismos, *siendo*, sin ningún intento conmemorativo o de futuro, como puede ser un resto humano, el lenguaje, las instituciones, los productos de la industria, la documentación administrativa y social; y ocupando un lugar subordinado, el orden llamado de tradición, representado por todo lo que sea un intento recordatorio: las medallas, los cuadros y esculturas, los anales, las crónicas, las memorias.

No escapa a los tratadistas que esta subordinación del orden tradicional a los vestigios es hasta cierto punto injusta; porque estudiando una época dada en los vestigios solamente, si bien es cierto que nos sustraemos a uno de los factores que más concurre a extraviar el conocimiento, que es el grado mayor o menor de apasionamiento o de interés que pone el individuo al transmitir a la posteridad un suceso del que es actor o espectador, en cambio, dejamos de aprovechar el auxilio efficacísimo que para su mejor inteligencia nos suministran las memorias de una generación contemporánea.

Por ello la actual metodología aconseja no detenerse solamente en el vestigio de Bernheim ni en el testi-

monio coetáneo, sino hacer una ordenación de ambos materiales, que nos permita abarcar los elementos más significativos del proceso que se quiere poner de relieve, mostrando la esencia misma de la época en estudio en conjuntos de documentos, organizados en series sistematizadas, y con la riqueza y abundancia necesaria como para mostrar, en toda su amplitud, la urdimbre del proceso histórico.

Ha sido el criterio dominante entre los historiadores uruguayos que hoy son autoridades, el dar prelación en sus estudios a todos los elementos tradicionales; tanto es así, que puede asegurarse no queda memoria o relación individual relativa a nuestra historia que no sea desconocida, y en cambio diversos núcleos de documentos que podrían ser decisivos para el esclarecimiento de épocas y sucesos coloniales, se encuentran casi inexplorados.

A dar noticia de uno de ellos, no de los más importantes, pero sí utilísimos y muy necesario para un más exacto conocimiento de nuestro pasado se refiere esta lectura, ya que el Instituto Histórico y Geográfico en el artículo segundo de su Estatuto tiene establecido expresamente que formará y publicará colecciones de documentos, y ya que, es él, quien con verdadero espíritu científico debe emprender esta serie de trabajos, previos a toda labor especulativa.

Hoy, quizá para los que investigamos en el pasado colonial, la más urgente labor sea la de acumular los elementos necesarios con los que después será escrita su historia por nosotros mismos, o por una generación más afortunada.

II

El actual Archivo de la Escribanía de Gobierno data de la creación de la Gobernación de Montevideo en 1750.

En él se custodian todos los expedientes que se tramitaban en la Gobernación, es decir, los políticos, criminales, administrativos y contenciosos.

Como el Gobernador de Montevideo era Juez de Arribadas, contiene todo lo relativo a entrada y salida por la vía marítima, y en su calidad de Subdelegado de Real Hacienda, todos los expedientes de carácter económico y los relativos a la propiedad raíz.

Si bien es cierto que el Gobernador de Montevideo no juzgaba en muchos asuntos en última instancia, y que ellos se remitían a la autoridad del Virrey o a la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, una vez juzgado y sentenciado el asunto, volvía a Montevideo con la providencia en él recaída para ser ejecutoriada, y archivado el expediente.

Esto en la época española. Durante la dominación portuguesa y brasilera se le agregó lo que se tramitaba en la Intendencia del Ejército y Provincia, y lo relativo a la Cámara de Justicia.

Para su manejo existe un índice que es a un mismo tiempo alfabético y cronológico, de gran utilidad para su estudio, formado por su actual archivero don Fernando H. Marfetán.

Hace ya tiempo, y con el propósito de publicarlos como contribución documental, formé con elementos de ese archivo diez conjuntos bastantes voluminosos, los que copiados íntegramente y respetando de una ma-

nera absoluta la ortografía original, como aconseja la más moderna crítica histórica, distribuí así: 1) Gobernación Política y Militar.—2) Real Hacienda.—3) Los Cabildos.—4) Abastos.—5) Asuntos Eclesiásticos.—6) Cedulario.—7) Fundaciones.—8) Real Aduana.—9) Tierras Públicas.—10) Contrabando y Comiso.

Dentro de cada sección no escogí más que los elementos verdaderamente significativos, agrupando a su alrededor toda la masa de documentos que integra su proceso, tan abundantemente como era necesario para debelar su verdadero carácter histórico.

En ellos aparece y se mueve toda la vida administrativa y social de la ciudad y de la campaña en su más absoluta verdad: todo el engranaje administrativo de la colonia con sus instituciones seculares, apenas modificadas por el tiempo, en sus siglos de vida; y toda la existencia social desenvolviéndose alrededor de esas instituciones, sólo adaptándose a ellas en cuanto lo permitían las necesidades de una época de formación que va creando las suyas, hasta el momento de su mayor diversificación, que estalla el 25 de Mayo de 1810.

Esta colección abarca también el período comprendido entre el momento inicial de las luchas emancipadoras y el año 1825, como complemento necesario para una mejor comprensión del hondo arraigo de algunas de esas instituciones, que rezagadas en la época revolucionaria, después de haberse abolido el régimen que les dió vida, su supervivencia, aunque desnaturalizada y precaria, marca el punto de transición entre la era colonial y los días de la república.

En esta lectura al dar cuenta particularizada de cada conjunto circunscribiré la indicación a muy pocas piezas, solamente las necesarias para dar una idea

aproximada de la riqueza de cada núcleo sin hacer esta exposición tan larga como es árida y fatigosa.

1) Gobernación Política y Militar

Este es el conjunto más heterogéneo y más grande, y se refiere en general, a los últimos años de la colonia. Está formado por 79 expedientes, de los que mencionaré primeramente uno relativo a la dominación inglesa en Montevideo que se refiere casi exclusivamente a las mercaderías desembarcadas por los comerciantes ingleses, libres de derechos, que al volver la Ciudad al régimen español, con motivo de este expediente que se sustanció en la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, tuvieron que pagar todo el *Derecho del Círculo*, considerándose a este solo efecto a la ciudad de Montevideo como una *Aduana Seca*. Los compradores, que allí aparecen todos, no eran solo de Montevideo, los hay también de Buenos Aires que hicieron sus compras por intermedio de sus agentes en ésta. El expediente, que es bastante voluminoso, abunda en intrigas y delaciones, participando del carácter económico a la vez que del político. El original está muy destruído.

En el año 1808 aparece una carpeta de papeles sueltos y borradores, conteniendo también algunos originales, relativos a las primeras gestaciones de la revolución.

Aparecen oficios y cartas de Liniers y Elio con motivo de los procesos criminales que se seguían en Buenos Aires con relación a la Princesa Carlota, Paroissien, Alzaga, Rodríguez Peña.

Existen muchos reservados de bastante interés que

aclaran sucesos de esos días; las actas originales levantadas la noche de la llegada a Montevideo del Coronel Goyeneche y los borradores de dos largos oficios reservadísimos de Elio al Consejo de Regencia, que son sumamente interesantes. Estos borradores debieron ser originales; después de firmados. Elio con su propia letra les hizo algunas correcciones de detalle.

Como mucho se ha hablado siempre de los robos y saqueos de que han sido objeto nuestros archivos, siendo el más famoso el efectuado cuando la retirada de las tropas de Alvear, en 1815, incluyo aquí los inventarios que se hicieron entonces ante el Escribano de Gobierno, relativo el uno a los documentos que pudieron recogerse, y el otro a los que no fueron encontrados después del saco.

Son muy interesantes no sólo para saber lo que perdimos, cuanto para conocer en sus proporciones verdaderas aquel acto vandálico.

En el año 1816 aparece un expediente que es único en su índole dentro de este archivo.

Es una solicitud del Presbítero don Manuel Amendo Montenegro, Cura de San Carlos, pidiendo se le otorgue la ciudadanía oriental.

Trae en abono de su adhesión a la causa patriota varias cartas de Artigas, Alvear, Otorquez y Rondeau en que le acusan recibo a donativos de dinero y efectos de comercio hechos a los ejércitos patriotas, desde el año 1812 a 1816.

Artigas en sus cartas lo llama amigo y lo trata con deferencia.

En 1825 aparece una carpeta con rastros de un expediente reservado relativo a averiguar quienes componían las reuniones secretas que según denuncias se

habían efectuado en las afueras de la ciudad con el motivo aparente de celebrar el triunfo de Bolívar en *Huamantilla*.

Los expedientes de esta índole son bastantes numerosos sobre todo de la época portuguesa y brasilera. Se perseguía con expedientes secretos a las personas y aún los *pasquines* que circulaban manuscritos.

Existió un folleto. «La Plutónica» editado en 1823 por la Imprenta de los Hermanos Ayllones; fué denunciado a los oficiales de justicia, como consta en un expediente titulado «Infracción a la Ley de Imprenta»; sólo nos quedan el título y dos o tres detalles insignificantes, aunque los necesarios para sospechar que se trata de un escrito político.

El Alguacil lo retiró para destruirlo no sólo de los comercios en que estaban en venta, sino que averiguando el nombre de los compradores, uno a uno los fué reclamando y destruyendo. Sin embargo, del expediente consta que tal vez uno puede haberse salvado: el adquirido por el Canónigo Vidal, quien al serle reclamado dijo que lo había *rompido*.

2) Real Hacienda

En esta sección he agrupado todo lo relativo a caudales públicos y la manera de manejarlos; algunos expedientes de los llamados de «Temporalidades» que eran los relativos a bienes de la Compañía de Jesús que expulsada en 1769 pasaron a ser propiedad de la Corona y se administraban por su cuenta y los ramos completos de *Diezmos y Alcabalas*.

Se integra este conjunto con las diversas nóminas y Presupuestos de empleados que existen, y algunos ex-

pedientes de remates de servicios y rentas públicas efectuados por la Real Hacienda, como el de la faena de lobos, de 1789, que contiene datos y noticias de interés.

Van también incluidas las diversas tentativas de arreglo de la Real Hacienda, en el ramo de impuestos y derechos, como la iniciada por la Junta de Hacendados en 1804 que es el más importante y rico en informes, y que da abundante luz en diversos asuntos económicos de la época. En 1825 al iniciarse la revolución, aun no estaba concluido.

Aunque incompleto, es una pieza capital para el estudio de la historia económica.

3) Los Cabildos

La institución de los Cabildos, contados los expedientes de erección, funcionamiento y actuación dentro del medio desde los primeros tiempos de la sociabilidad en el Uruguay, hasta los relativos a méritos y servicios personales y los prestados colectivamente por los núcleos de población o por las instituciones que los representaban, forman la sección más voluminosa.

El expediente más antiguo es el de Creación del Cabildo de Santo Domingo de Soriano de 1566, publicado en parte (1).

Los demás relativos a fundación son los siguientes:

1782. — Expediente de creación de un medio Cabildo en Santa Lucía.

(1) Don Isidoro De María publicó en « Páginas Históricas » varias piezas de las que integran el expediente.

1788. — Expediente relativo a aumento de Regidores en el Cabildo de Montevideo.
1793. — Expediente relativo a la venta de los Oficios de Regidores en el Cabildo de Montevideo.
1800. — Erección de un Cabildo electivo en San José.
1804. — Aumento de cuatro varas de Regidores en el Cabildo de Montevideo.
1805. — Creación definitiva del Cabildo de San José.
1812. — Creación del Cabildo de Maldonado.
1823. — Creación del Cabildo de Paysandú.

Estos como expedientes completos de creación de Cabildos, — pues existe constancia en varios otros y con ellos puede reconstituirse su historia, — de la creación del Cabildo de la Colonia del Sacramento.

Estos documentos no son exclusivamente Reales Cédulas de « Erección » o « Confirmación » con cuyos títulos se les conoce, sino que generalmente, con excepción del Cabildo de Montevideo que tiene una fundación directa, son creados a pedimento de los vecinos de los lugares que se especifican. Generalmente lo hacen en largas exposiciones en las que cuentan la historia del lugar, sus vicisitudes y los servicios prestados a la Corona, acompañados de datos estadísticos de la población y la riqueza del contorno, y todas las noticias ilustrativas que creían oportunas para interesar el ánimo de los Virreyes.

Son también muy numerosos los expedientes relativos a rozamientos de los Cabildos con los Virreyes y Gobernadores.

Alguno es ya conocido, como el conflicto de 1782 entre los corregidores Hacedo y Bauzá y el Gobernador del Pino, que motivó la Real Cédula de 4 de Diciembre de 1784 que dirimía el conflicto favorable-

mente para los corregidores, de que da cuenta Bauzá en su «Historia de la Dominación Española en el Uruguay». Sin embargo, son muchos los que existen relativos a competencia y jurisdicción, generalmente fallados por el monarca.

En materia de policía y administración su número es enorme. Solamente *Bandos*, que los hay relativos al Carnaval, sobre aseo de la ciudad, malos tratos a esclavos, fiestas públicas, tasa de productos, administración de los terrenos de propios, alumbrado, limpieza pública, impuestos a puertas y ventanas, y todo cuanto cae bajo la jurisdicción del término *Policía de Ciudad*, abarcaría un número incalculable de páginas.

Sobre competencia entre las diversas jurisdicciones de los Cabildos existen varios, siendo los más interesantes el que en 1824 inició el Cabildo de Mercedes contra el de Soriano, compuesto de 159 folios y el que en 1825 iniciaron en la Gobernación Intendencia los vecinos de Minas y de Rocha, pretendiendo elegir libremente sus Alcaldes, a lo que se oponía el Cabildo de Maldonado alegando que siempre los había nombrado directamente como jueces comisionados de su jurisdicción.

Existe un núcleo grande de expedientes relacionados con asuntos personales de los Cabildantes y otros de que participa todo el Cuerpo Capitular.

En 1794, don Matías Sánchez de la Rozuela promueve una querella porque en la Procesión de Corpus de ese año, por no existir suficiente número o simplemente por un olvido, el Cura de la Matriz no le dió un hachón encendido como a los demás Cabildantes.

Aunque sobre esta materia abundan, el más interesante es uno de 1812 en que aparece el Cabildo en Cuerpo, protestante ante el Gobernador porque en

las fiestas y solemnidades con que se festejó la promulgación de la Constitución de Cadiz de 1812, el Cabildo y el Real Consulado fueron a la Comunión de ese día, formando un sólo Cuerpo y el Cura de la Matriz, que lo era el virtuoso sacerdote don Juan Lloveras no dió la paz al Real Consulado sino después que a los Cabildantes, cuando le tocó el turno al pueblo y demás vecinos que asistían al acto. Este curioso y nimio expediente tiene sin embargo bastante interés. En él se dilucidan con bastante claridad las prerrogativas del Real Consulado y del Cabildo respectivamente.

Al llegar el año 1825 es sujerente una serie de expedientes relativos a « Excusaciones » de aceptar puestos Capitulares en los Cabildos de San José, Canelones y Santa Lucía. Casi todos los excusados fueron prohombres de la revolución. Entre ellos se encuentra don Joaquín Suárez. Sobre Excusaciones, en el año 1803 aparece un abultado expediente que es de lo más interesante. No queda vecino de la ciudad de alguna importancia que no figure en él. Estas excusaciones de 1803 tuvieron origen en la creación de los cuerpos de milicias donde figuraban como oficiales y suboficiales todo lo más distinguido de la ciudad, los que amparándose en el fuero militar no querían aceptar los « cargos de la República » como ellos le llamaban.

Existen también varios legajos relativos a las escuelas públicas del Cabildo.

Este conjunto relativo a los Cabildos está formado de 87 expedientes.

4) Abastos

El ramo de *Abastos* y todo lo relativo al régimen de los negocios, se agrupa en un conjunto que es por sí mismo un largo capítulo de la historia económica.

Entre los varios aspectos que presenta aparece y puede seguirse fácilmente la lucha incesante del Cabildo contra los monopolios. Es el más interesante de los de esta índole el relativo al abastecimiento de agua, de 1793, por la viva oposición que le hizo el Cabildo, y en particular, el Síndico de la ciudad, don Matías Sánchez, que con sólidas razones, aunque muy pobremente vestidas, hizo una defensa cumplida de los derechos del vecindario en un extenso informe que el Cabildo hizo suyo.

Los monopolistas ofrecían a cambio del derecho exclusivo del abastecimiento de agua a la ciudad, entregar anualmente 200 pesos para la fábrica de la Iglesia Matriz. Son 36 expedientes.

5) Asuntos eclesiásticos

Este es el conjunto menos voluminoso de todos, y ello se explica perfectamente teniendo en cuenta que la gobernación de Montevideo no tenía una jurisdicción eclesiástica propia; que dependía del obispado de Buenos Aires, en cuyos archivos radican todos los expedientes canónicos de erección de iglesias y capillas, como así mismo los relativos a méritos y servicios eclesiásticos.

Sin embargo, no deja de presentar un interés pro-

pio este conjunto, considerando la índole característica de uno de sus núcleos, formado por una serie de expedientes iniciados por los vecinos y habitantes de determinados parajes de la campaña, gestionando ante la autoridad civil la erección de iglesias y parroquias. Tomando así un carácter libre y espontáneo la fundación de iglesias, los hay relativos a las de Maldonado, Paysandú, Pintado (1), Víboras, Solís, Pan de Azúcar, Durazno. Algunos se refieren a las de Montevideo; como también expedientes relativos al Convento de San Francisco y a la Casa de Ejercicios, fundada en 1813.

Existe un expediente relativo a la reedificación de la iglesia de la Colonia en 1823, que es sumamente interesante.

En la época de la invasión portuguesa, las tropas reales que ocuparon la ciudad de la Colonia, convirtieron la iglesia en polvorín. Afianzada la dominación ocuparon solamente la parte alta, en medio de las protestas del Cabildo y de todo el vecindario, como consta en las actas respectivas. Con este motivo se celebraron varios cabildos abiertos, hasta que el 14 de diciembre de 1823, día de una gran tormenta, un rayo hizo volar el polvorín, destruyendo no sólo el templo, sino que se perdieron todas sus alhajas y demás enseres. Como el hecho ocurrió en las primeras horas de la mañana, que son las de mayor afluencia de gente, hubo que lamentar la muerte de varias personas. Este expediente se sustanció en la Intendencia de Ejército y Provincia, y el templo fué reedificado a costa del erario público como asimismo repuestos todos sus ornamentos y vasos sagrados.

(1) Existen dos expedientes, uno publicado ya en la « Revista Histórica » que dirige don Luis Carve, y el otro inédito.

En el año 1805, aparece un expediente relativo a construcción de una iglesia en Puerto Deseado (Patagonia) que tiene detalles muy interesantes.

Relativo a la iglesia de Maldonado existe un legajo digno de una mención especial.

Se trata de que en 1810 el Cura y Vicario de Maldonado, don Gabino Fresco, prestó a don Juan Mendoza, vecino del lugar, una abultada suma de dinero perteneciente a la fábrica de la Iglesia, que en esos días estaba interrumpida, a razón de 5 % anual, con la mira de aumentar los fondos; don Juan Mendoza era un vecino acaudalado, dueño de varios buques que hacían el crucero hasta Río Grande. Pero muerto Mendoza en una acción de armas, al parecer guerreando a favor de la causa Portuguesa, su viuda, haciendo mérito de este hecho, trata de que el Barón de la Laguna intervenga en su favor y se le redima del pago de intereses, estando dispuesta solamente al pago de la cantidad recibida por su esposo.

Entre las series de exposiciones y réplicas y contra réplicas que presentan las distintas partes que actúan, aparecen una gran cantidad de hechos y de detalles interesantísimos para la historia social del medio. En cuanto a los dineros, no es sólo don Juan Mendoza quien los había tomado a interés, aparecen varios más, y hasta el Cabildo llevó su parte, hasta que ya muy disminuído el capital, el año 1818 de orden del Delegado Barreiro, se llevaron los últimos que habían quedado rezagados, para las «urgencias de la Provincia».

Con relación a jurisdicción de curatos en la campaña existen también varios. El más interesante por la abundancia de datos de interés general, es el sostenido por el de Santa Lucía con el de Canelones que es bastante voluminoso y por la calidad de las per-

sonas que intervienen.—Era cura de Canelones el doctor don José Valentín Gómez.

Existe también una regular cantidad de nombramientos de Párrocos en la Campaña.

Este conjunto está formado por 47 expedientes.

6) Cedulario

La colección de Reales Cédulas y Reales Ordenes que he formado es bastante voluminosa, y abarca las más diversas materias. Algunas de ellas se encuentran agregadas a diversos expedientes, originales o en testimonios autorizados.

Entre las más importantes se encuentran las siguientes:

Real Orden de 24 de Noviembre de 1783 relativa al tratamiento a darse a los capellanes de ejército.

Real Orden de 1786 sobre el comercio de Indias.

Real Cédula de 12 de Agosto de 1792 sobre competencia del Virrey con los Alcaldes.

Real Orden de 19 de Julio de 1798, erigiendo en Buenos Aires un proto-medicato independiente del de Castilla. Existe otra Real Orden de 1803, que erige el mismo tribunal en Montevideo, independiente, a su vez del de Buenos Aires.

Real Orden de 8 de Junio de 1805, relativa a que los jueces y defensores de menores den cuenta y razón de los caudales que aparecen en las causas en que intervengan.

Real Orden de 15 de Diciembre de 1806 sobre los fueros de la milicia de mar y tierra.

Real Orden de 14 de Marzo de 1807, sobre creación del derecho de almirantazgo.

Real Orden de 17 de Mayo de 1807, sobre el modo de usar el luto los militares.

Real Orden de 12 de diciembre de 1807, sobre las casas de inquisición.

Real Orden de 20 de Enero de 1809, agradeciendo los servicios prestados por el comercio de Montevideo a la Corona, durante las invasiones inglesas. Hay otra de la misma fecha, agradeciendo los servicios personales de don Mateo Magariños.

Real Orden de 9 de Julio de 1809, creando en Montevideo el Juzgado de Alzadas.

Son 74 expedientes.

7) Fundaciones

Existen solamente cuatro padrones y un libro relativo a la traslación del pueblo llamado de las Víboras, a las márgenes del arroyo de las Vacas, donde aún subsiste con el nombre de Carmelo.

Uno de los padrones está publicado ya (1), y es el relativo a la ciudad de Montevideo. Los restantes son: padrón de Santa Lucía con su ejido, chacras y estancias, acompañado de un mapa en colores (2), y los padrones de Melo y Batoví. Este último no tiene mayor interés para nosotros, pues que ubicado en 30 grados, 36 minutos, todo el repartimento se encuentra en tierras actuales del Brasil, salvo un pequeño triángulo formado por lo que se llama hoy la *horqueta de los dos Pirai*, que cae hacia el Cerro Largo.

De la villa de Batoví aparece un plano topográfico compuesto por don Félix de Azara.

(1) En el tomo I de la « Revista del Archivo Administrativo » que dirige don Angel G. Costa.

(2) De este mapa existe una copia en el archivo de Indias, de Sevilla. El que aquí se cita es el original.

En el mismo padrón de Batoví se encuentra el extenso auto que entonces se llamó de *Poblaciones*, suscrito por el marqués de Avilés el 18 de Marzo de 1800, relativo a la fundación de pueblos en la Gobernación de Montevideo.

8) Real Aduana

Formado por todos los expedientes de entrada y salida por la vía marítima.

Todos son iguales y tienen solamente un interés estadístico para la historia económica. Se nota en ellos una gran monotonía interrumpida solamente alguna vez, como en el caso de don Tomás Salas, que en 1794 en viaje de retorno para España, con su carga completa y en regla sus papeles, combatido por fuertes temporales, hubo de recalar en Montevideo. Y antes de que los Oficiales Reales tuvieran tiempo de formar una « Sumaria información » en la que, los cien ojos con que España vigilaba las entradas y salidas de sus puertos, sospecharan propósitos de carga clandestina, bajó a tierra y ante el Escribano de S. M. hizo la « más formal protesta contra los vientos y tempestades » que le habían obligado a entrar al puerto, sin ser éste el lugar de su destino.

En 1791 aparece una tímida tentativa de habilitación del Puerto de Maldonado, gestionada por Cipriano José de Melo. Puerto que se habilitó conjuntamente con el de la Colonia en 1821, según consta en los expedientes que le son relativos.

9) Tierras Públicas

Como son varios los orígenes de la actual propiedad privada, he agrupado en este conjunto algunas piezas capitales que no solo marcan los diversos orígenes sino que explican la manera como se adquiría la propiedad de la tierra en el período colonial y durante las sucesivas dominaciones que sufrió el país, hasta la definitiva constitución de la nacionalidad en 1830.

Desde las donaciones que hacían los Virreyes y Gobernadores a determinados individuos en razón a méritos personales o servicios prestados a la Corona, hasta los que emanan de ventas y enajenaciones directas, hechas por Cabildos, Gobernadores y Virreyes y aún simples Comandantes con facultad de Colonizadores.

Son los más generales dentro de los orígenes coloniales los hechos por denuncia de particulares ante la autoridad competente o en la Real Audiencia Pretorial de Buenos Aires, donde después de los trámites de constatación del carácter de baldía y realenga, y diligencias de mensura correspondientes, producía un juicio de remate, hecho a las puertas de la Audiencia, con los pregones de estilo y ante el Escribano de Cámara, en cuyo juicio generalmente era único postor el denunciante.

Dentro del formulismo de los expedientes aparece los detalles más característicos de la literatura curulesca de la época, que hoy miramos con cierta indulgencia y que entonces eran fórmulas vivas que se cumplían hasta en sus últimas consecuencias.

Jamás al darse el último pregón y serle adjudicada la propiedad al denunciante, deja el Pregonero al terminar la fórmula de desearle una «buena Pró» al comprador.

Y en la toma de posesión, llevado el adquirente de la mano y paseado por el campo ya de su pertenencia, daba voces, arrancaba yerbas y gajos de los árboles, mandaba a sus peones, y no habiendo nadie entre los vecinos y linderos citados a la ceremonia que se opusiese a estos actos de dominio, el Oficial de Justicia anotaba entonces haber sido tomada la «real, efectiva y corporal posesión» de que habla la Recopilación indiana.

Muchos otros orígenes existen y muchas otras autoridades dieron la propiedad de la tierra desde los días coloniales hasta el célebre *Bando* del Barón de la Laguna de 21 de Noviembre de 1821 que sacaba a «moderada composición» las tierras realengas de la Provincia y abría un Padrón especial de confirmación de títulos anteriores, que he tratado de representar hasta donde me ha sido posible.

Se complementa también con este conjunto el relativo a *Fundaciones*, por cuanto ellas siempre llevan anexas el repartimiento de solares, chacras y estancias, como ocurre con la Fundación de Montevideo, Santa Lucía, Melo y Batoví, que forma otro de los orígenes conocidos, y es el de la donación condicional hecha por el fundador con facultades expresas para donar la tierra con arreglo a determinadas limitaciones: permanencia de cinco años y cultivo o laboreo de la tierra donada, o la edificación, si se trata de un sitio solar en poblado,

10) Contrabando y Comiso

Un largo capítulo de la historia social radica en la enorme masa de expedientes de contrabando y de comiso comprendidos entre los años 1750 a 1810.

Los 37 expedientes de comiso de que poseo copia, comprenden un año completo, y forman un cuadro abreviado de todo el movimiento de cueros clandestinos en la frontera del Brasil.

Como estos expedientes se formaban con gran aparato en los detalles, pueden levantarse con ellos estadísticas aproximadas, de la riqueza ganadera en el Uruguay, durante ese período.

El contrabando por la Aduana de Montevideo forma otro núcleo no menos interesante, relativo a efectos de comercio, y muchos que no siendo propiamente de contrabando entran en la categoría de *gneros prohibidos*, de que se incautaba la Real Hacienda.

Las partidas celadoras que recorrían la frontera obstaculizando el contrabando solían sostener encuentros alguna vez sangrientos con las partidas de contrabandistas y demás gente maleante que infestaba la desierta campaña. El Cerro Largo fué el campo donde más encuentros se efectuaron.

Algunos expedientes relatan verdaderas batallas. En 1797, el entonces capitán de Blandengues don José Artigas al frente de una partida volante sigue el rastro del Portugués Mariano Chaves durante treinta leguas, a quien alcanza en las márgenes barrancosas del arroyo del Hospital, escopeteándose con su vanguardia a órdenes del sargento Manuel Vargas, quien había perdido ya dos blandengues y tenía otro contuso.

Con diversas alternativas, Chaves abandonó el Hospital internándose en las estribaciones de la cuchilla de Santa Ana donde es aprendido por Artigas personalmente y remitido a Montevideo conjuntamente con los efectos de comiso que llevaba. Esta acción consta en un largo oficio, en parte conocido ya (1), y que escrito de puño y letra de Artigas acompaña un expediente de comiso.

Un año antes, en 1796, una partida celadora que recorría las márgenes del Río Negro, sorprendió y batió para siempre a Juan Ignacio Miño, alias *Caracará*, el más hábil ladrón de cueros y ganados de su tiempo, que llevaba en dirección a la frontera una fuerte tropa de ganado silvestre arrancada a la jurisdicción del Cerro Largo.

Casi no existe expediente de comiso que no narre un hecho semejante.

Son 48 expedientes.

III

Y ahora, deseo dar una impresión relativa a investigaciones recientes en un archivo extranjero, por cuanto se refieren a un conjunto de documentos, que completa en parte, una de las secciones del archivo en estudio.

Hace algún tiempo en una estadía en la Asunción del Paraguay me fué dado visitar el Archivo Nacio-

(1) Un extracto del parte de Artigas lo publicó el doctor Lorenzo Barbagelata en «Artigas antes de la revolución».

nal que dirige el ilustre hombre de letras Juansilvano Godoi.

Revisando al azar un cartulario encontré el nombramiento de un teniente cura de Paysandú hecho en 1807 por el Obispo de la Asunción y confirmado por el Gobernador Intendente del Paraguay.

Sorprendido del hallazgo y de que las autoridades paraguayas tuvieran intervención en los asuntos de la Gobernación de Montevideo, hice una revisión más prolija en legajos que me indicó el paleógrafo Mariano Barreiro, empleado de ese archivo, y formé una carpeta de apuntes de documentos relativos al Uruguay y especialmente un núcleo relacionado con la propiedad raíz en nuestro país, de que voy a dar cuenta.

El motivo de la existencia de esa documentación en el Archivo de la Asunción se explica.

Después de la expulsión de los jesuitas se mantuvo el régimen de comunidad durante 33 años, es decir, desde 1767 a 1800, en que el Virrey Avilés las abolió, quedando los pueblos con sus Cabildos de naturales y demás empleos o destinos de todas las generaciones coloniales.

La tierra que ocupó la Compañía de Jesús con sus doctrinas pasó a formar la Gobernación de Misiones, dividida en varios Departamentos. Al de Yapeyú que era el más meridional se le asignaron ambas márgenes del Río Uruguay desde el Río Negro hasta más arriba del Cuareim, internándose las estancias hasta muy cerca del centro de la actual República.

Repartidas las tierras, los indios llevados de su natural desidia, fueron haciendo abandono de ellas, las que ocupadas por pobladores españoles de la jurisdicción de Montevideo, llegaron a estrecharlas de tal

manera alegando eran tierras despobladas y baldías, que motivaron intervención del Virrey. Se formaron expedientes en los que el Marqués de Avilés declaró no haber tierras baldías dentro de la jurisdicción de los Pueblos Guaraníes; se hicieron nuevos Padrones siguiendo los vestigios de zanjás, cercos y mojones, y se llamó a alegar mejores derechos.

Cuenta el gobernador de Yapeyú don Francisco Bermúdez, que en una demanda de desalojo, un detentador español le dijo a una india «que le mostrase el título de propiedad de la tierra», a lo que la india contestó: «lo que puedo demostrar es que mis antepasados y yo nacimos aquí; y usted me ha de convencer que trajo estas tierras de España».

Posteriormente, gran número de estos pobladores tomó en arrendamiento las tierras de los indios: arriendo que en la práctica era una ficción.

Todos tenían excepción de paga.

En una relación de los pobladores españoles que tenían sus establecimientos en los terrenos del pueblo de Yapeyú, tomo al azar los siguientes:

«Rafael Ramírez—en el rincón de Vera—no paga».

«José Axi—en Paysandú—no paga».

«Santiago, el marido de la correntina—en el Queguay—da carne y caballo a los chasquis».

Cuando el capitán don Jorge Pacheco funda el Pueblo de Belén sobre el Queguay en 1801, no ya el Pueblo de Yapeyú, el Gobernador del Paraguay don Bernardo de Velasco como Gobernador Intendente de Misiones pone pleito y disputa a la Intendencia de Buenos Aires la posesión de las márgenes del Uruguay desde el Río Negro al Norte.

El expediente queda paralizado poco después de las Invasiones Inglesas. La última providencia lleva la firma de Liniers.

Este conjunto de documentos envuelve un problema importante de jurisdicción aparte del aspecto interesante que presenta en relación a la historia de nuestra propiedad raíz.

¿Hasta donde llegaba dentro de la legislación indiana la Gobernación de Montevideo, y cuál era su límite con la Intendencia de Misiones?

En la *Declaración* del marqués de Avilés de que no hay tierras baldías en territorio de indios, se dice que la tierra no es propiedad de los naturales, que ella es siempre de la Corona y los indios son meros enfiteutas.

Los padrones y repartimientos establecen que la tierra se da a censo reservativo, y es este el primer ensayo de enfiteusis hecho en nuestro país.

Señores: Este conjunto de documentos formado con elementos del Archivo de la Escribanía de Gobierno, es susceptible de grande acrecentamiento. No sólo en lo que se refiere a los núcleos ya delineados sino que pueden formarse varios nuevos puntos de gravitación a cuyo alrededor pueden seguir desenvolviéndose otros aspectos de la vida económica y social, que no han cabido dentro de los estrechos límites de esta sucinta noticia.

Completado y publicado el conjunto veríamos todo un proceso eslabonado y orgánico, al que concurren a formarlo todas las fuerzas vivas de la ciudad y de la campaña colonial.

Las instituciones destacadas del conjunto aparecerían en el lugar que verdaderamente ocuparon en el medio social que ellas habían creado; y algunas figuras beneméritas actualmente oscurecidas, aparecerían mostrando la participación efectiva que tuvieron en la formación del cuerpo social de que había de surgir, andando el tiempo, la futura nacionalidad.

Biografía del Doctor José Ellauri

Biografía del Doctor José Ellauri ⁽¹⁾

Fué resolución del Instituto Histórico y Geográfico que esta colección de documentos relativos a la misión del doctor don José Ellauri cerca de los gobiernos europeos en 1839, se publicara sin introducción ni comentarios; sólo con aquellas notas indispensables de coordinación que son necesarias a todo texto documental. La razón es obvia. Se trata de documentación de historia política que por primera vez va a circular entre los estudiosos.

Se resolvió también que precedieran la colección unos apuntes cronológicos acerca de la vida del doctor Ellauri, y las aclaraciones necesarias que puedan relacionarse con el texto que se publica.

Así, pues, he de limitarme a ligeras indicaciones acerca de la autenticidad y contenido del manuscrito, actualmente propiedad del Instituto Histórico y Geográfico, prescindiendo de toda labor crítica, y también de las circunstancias de eurística que en este caso no existen. El conjunto se encontró formado en tres li-

(1) **Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.** — Correspondencia diplomática del doctor José Ellauri. — Publicada, anotada y precedida de una biografía del doctor José Ellauri por don Dardo Estrada. — Prólogo del doctor Gustavo Gallinal. — Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos. — Montevideo, 1919.

bros copiadores, cuyas primeras páginas aparecen escritas con letra de don Juan Andrés Gelly, Secretario de la Legación, y el conjunto de don Benjamín Ellaury, Prosecretario. Es un copiator simple, sin firmas y sin sellos, y fué hallado entre los papeles del doctor Ellaury.

La correspondencia corre desde el año 1839 a 1844 en que terminó la misión extraordinaria del doctor Ellaury. Aunque éste siguió a cargo del Ministerio General en Europa hasta 1854, su misión se redujo entonces a entretener las relaciones internacionales con los países ante quienes estaba acreditada la Legación. En la misión extraordinaria le sucedió en 1844 don Florencio Varela, y posteriormente en 1849, el General Melchor Pacheco y Obes.

Esta publicación es integral. Por más que la misión fué esencialmente política, no se ha creído oportuno suprimir nada de lo que le es ajeno, como lo relativo a la correspondencia consular, por cuanto marca el comienzo de nuestras relaciones regulares con Europa, y ni aun aquellas notas que el propio copiator duplica.

Se ha respetado de una manera absoluta el original en sus varios textos, hasta en aquellos raros en que la más somera crítica estaba indicando evidentes errores de copia, ya ortográficos, ya de concepto.

El retrato que acompaña al texto, grabado por Llanta, e impreso en la famosa litografía Lemercier, de París, según el erudito iconógrafo doctor José María Fernández Saldaña, debe haber sido ejecutado en 1851. Dice así este distinguido escritor: «de toda la numerosa obra gráfica que ha salido de las Oficinas de Lemercier, no he visto más trabajos de Llanta que los de ese año, de donde infiero que sólo en la indicada fecha formó éste en el personal artístico de la casa. De

los nueve retratos,—litografías de Llanta,—que yo conozco, siete de ellos, que forman parte de la 6.^a serie brasilera de Boulanger, son todos de 1851. Los otros dos grabados que he visto,—y así completo la referencia de los nueve,—son sin fecha, como el de Ellauri, o sin fecha ni leyenda como el del doctor don Florentino Castellanos». Por lo demás en el indicado año de 1851 el doctor Ellauri residía en París.

I

El doctor don José Ellauri nació en Montevideo el 14 de Marzo de 1789. Fueron sus padres el Capitán de granaderos a caballo don Juan Andrés de Ellauri, de ascendencia hidalga (1), natural de la Villa de Vilaro en el Señorío de Vizcaya, y doña Petrona Antonia Fernández. Su madre era criolla, hija del rico comerciante don Dionisio Fernández.

Fué bautizado con el nombre de José Longinos al otro día de su nacimiento. Ofició en la ceremonia que se efectuó en la Iglesia Catedral, el Cura y Vicario de la ciudad don Juan José Ortiz, siendo sus padrinos don Manuel Pérez Balbas y doña Laureana Méndez. (2).

Su padre, el Capitán don Juan Andrés de Ellauri, nacido en Vilaro el 10 de Noviembre de 1752, hijo

(1) Vide «Informaciones de Vizcainia y Nobleza», expedida a favor de don Juan de Ellauri por el Justicia Mayor de Vizcaya, en 5 de Septiembre de 1794, y confirmadas por el Rey don Carlos IV, en Valladolid, en 13 de Diciembre del propio año.

(2) Libro 5.º de Bautismos de la Catedral de Montevideo. Folio 246.

de don Juan de la Cruz Ellauri y de doña Ana María Ugarte, era el primogénito de una antigua familia vizcaína avecindada en Montevideo en 1775 (1). Puede decirse que con él toda su familia se radicó aquí, pues el solo hermano que tenía, llamado Gabriel, residente en Elexaveytia, Obispado de Calahorra, fué buscado inútilmente en 1815, en cumplimiento de una cláusula del testamento del Capitán Ellauri, por la que le hacía heredero de algunos bienes. Juan Ellauri, que fué el encargado de cumplir esta disposición testamentaria de su padre, recorrió todo el Señorío, y no habiéndolo encontrado regresó a Montevideo sin cumplir la manda, la que fué incorporada al cuerpo general de bienes. En esa época era creencia general en Vilaro que había muerto (2).

El Capitán Ellauri casó en Montevideo con doña Petrona Antonia Fernández, en Julio de 1785. Vinculado a la vida civil y militar de la ciudad, aparece tomando parte en casi todas las actividades en que se desenvolvía la sociedad de su tiempo. Un año antes de su casamiento, en 1784, le vemos firmando como Secretario las actas de la orden tercera de la Cofradía del Convento de San Bernardino de Montevideo (3). En 1786, es electo capitular con el cargo de Síndico Procurador de la ciudad, y cuatro años más tarde, en 1790, como Alcalde de 1.^{er} voto firmó el acta de la colocación de la piedra fundamental de la Iglesia Ma-

(1) Archivo de la Curia Eclesiástica de Montevideo. Expedientes de Matrimonios. N.º 29. Año 1785.

(2) Testamentaría de doña Petrona Fernández. Copia de la época en poder de don José León Ellauri.

(3) Fray Pacífico Otero. La Orden Franciscana en el Uruguay. Buenos Aires, 1908. Pág. 171.

triz. Ejerció el comercio, en el que reunió gran caudal, y en 1800, ya retirado de las actividades mercantiles, fué nombrado por el Tribunal de la inquisición de Lima, delegado en Montevideo con el cargo de Teniente de Inquisidor; delegación que compartió con el Vicario de la ciudad y que le fué renovada en 1807 (1). En 1803, se escusó reiteradamente de aceptar nuevos cargos capitulares (a), amparándose en el fuero militar, en el que acababa de ser comprendido el batallón de Voluntarios de Montevideo, en cuya primera compañía, apellidada de Granaderos, aparece como Teniente (2). En este batallón, del que era Coronel don Juan Francisco de Zúñiga, y segundo jefe el Sargento Mayor veterano don Francisco Tomás de Estrada, figuraban en calidad de Capitanes y Tenientes, personas de las más conceptuadas de la ciudad: Joaquín de Chopitea, Cristóbal Salvañach, Jaime Ila, Gerónimo de Olloniego, Francisco Antonio Maciel: todos repre-

(1) Documentos originales en poder de don José León Ellauri.

(a) Archivo Gl. Administrativo. Libro 82 — 3 c. (Al margen: Oficio del Emo. Señor Virrey en que se sirve declarar exempto de cargas consejos a Don Juan de Ellauri). Por decreto de esta fecha he venido en acceder a la solicitud de Don Felipe Cavañez, de que sea excluído Don Juan de Ellauri, vecino de esta ciudad, de los cargos consejos, por estar ocupado en los asuntos de la R. Compañía Marítima como Apoderado sobstituto que lo es de ella, lo que comunico a V^sia. para su inteligencia y puntual cumplimiento. Dios guarde a V^sia. m. años. Montevideo, diez y seis de Octubre de mil setecientos noventa y tres. — Nicolás de Arredondo. — Al Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Ciudad. — Concuerda con su original. Sala Capitular de Montevideo, Octubre 17 de 1795.

J. A. Cordero. — Felipe Pérez. — Ramón de Cázeres. — f, 96 y v. Copia de Reales Ordenes. — 1782 a 1821. Nota de G. G.

(2) Archivo de la Escribanía de Gobierno. Expediente relativo a Excusaciones Militares.

sentantes de familias que ocupaban un lugar distinguido en la sociedad de su tiempo. Era su capellán el Presbítero don Rafael de Zufriategui, futuro diputado por Montevideo a las Cortes de Cádiz, en 1811.

De su matrimonio tuvo el Capitán Ellauri nueve hijos que fueron por orden de nacimiento: Juan, primogénito, que murió soltero a los treinta años de edad en 1818; María de los Dolores, José Longinos, Ramona Petrona, León José, Rafael Norberto, Lucas, Marcelina y Ramón Casiano.

Nació el doctor don José Ellauri en la casa paterna, que se encontraba ubicada en la esquina formada por las calles San Juan (Ituzaingó) y San Pedro o *del Portón* (25 de Mayo), prolongándose por ésta; en su tiempo era ya un edificio antiguo, formado por tres fincas contiguas, lindando por la calle 25 de Mayo con la casa habitación de don Pascual José Parodí, Alcalde de 1.^{er} Voto que fué en 1809, y por la de Ituzaingó, con las dependencias que su padre dedicaba para sus especulaciones comerciales.

En esa casa de la calle *del Portón* pasó sus primeros años, compartiendo entre el hogar y el Convento de San Francisco, su educación primera.

Ocupó la familia Ellauri un lugar distinguido dentro de la sociedad colonial. Hogar honorable en el que reinaba la más austera virtud, la influencia de los padres, aún después de muertos, se prolongó sobre los hijos por dilatados años; todos vivieron estrechamente unidos formando una sola familia; agrupados en el viejo hogar habitaban no sólo los hermanos solteros, sino que también las hermanas casadas, y aún los sobrinos, pues María de los Dolores que había sido esposa de don Pedro Antonio García, natural de la Coruña, fallecido en Buenos Aires en 1812, a su muerte, que fué

el 30 de Enero de 1814, dejó dos hijas, Brígida y Dolores, que también la habitaron, la una hasta su muerte, pues vivió soltera, y la otra, Dolores, hasta el momento de su casamiento con don Liborio Echeverría.

El doctor Ellaury, algo aficionado en sus primeros años a las prácticas religiosas, hacía donde lo inclinaba la voluntad de su padre, y también la de su abuela materna doña Nicolasa Ximénez, la que había instituido en 1801 una capellanía para estudios eclesiásticos dentro de los miembros de su familia, fué trasladado a Buenos Aires a seguir la carrera del sacerdocio. Allí ingresó como interno en el Colegio Carolino fundado por iniciativa del progresista Virrey don Juan José de Vertiz, y erigido oficialmente por Real Orden el 3 de Noviembre de 1783 (1). Desde mucho antes de esta fecha, en 1776, ya el colegio disponía de un curso de teología dividido en tres cátedras: dos de escolástico dogmático y una de moral.

En el Colegio Carolino, apesar de la afirmación de Moreno cuando decía que los «colegiales hacen una vida enteramente de comunidad, y en un todo monástica, y que eran educados para frailes y clérigos y no para ciudadanos» (2), en él cursaron sus estudios los primeros patriotas de 1810. El doctor López dice hablando de la generación revolucionaria: «El ilustre partido que gobernaba la provincia de Buenos Aires en 1821, hijo primogénito, o mejor dicho unigénito del partido directorial de 1814 y 1819, tenía su raíz en el Colegio de San Carlos; y de allí había salido preparado

(1) Guía de Forasteros del Virreynato de Buenos Aires para el año 1803. Pag. 748 de la edición de la «Junta de Historia y Numismática Americana» de Buenos Aires.

(2) Manuel Moreno. Vida y Memorias del doctor Mariano Moreno. (Edición de Buenos Aires de 1910). Tomo II, Pág. 170.

a la Revolución de Mayo, tan naturalmente, como sale el águila de su nido ». (1) Y entre los uruguayos que en él hicieron sus estudios bastará indicar algunos nombres: Manuel Máximo Barreiro, Bartolomé Domingo Vianchi, Francisco Acuña de Figueroa, Juan Francisco Giró, José Ellauri, los hermanos Zenon, Francisco, Mateo, José Luís y Estanislao García de Zúñiga, José, Raimundo Guerra, Dámaso Antonio Larrañaga, Mateo Magariños, José María Palomeque, Juan María Pérez, Juan Tomás Núñez, Jacobo Varela y muchos otros que aparecen inscriptos en las listas de internos del Colegio.

Fueron condiscípulos del doctor Ellauri en los cursos de 1805 a 1807 don Manuel Dorrego, don Tomás Manuel de Anchorena y don Felipe Arana; los tres, futuros hombres de acción y de gobierno.

Es curiosa la Constitución VIII del Colegio en cuanto puede referirse a la disciplina monástica que se le atribuye. Faculta al Rector para salir periódicamente, acompañado de algunos colegiales, a visitar algunas personas distinguidas de la ciudad, a fin de que los discípulos se ejerciten e instruyan en el trato civil (2).

Sin embargo, el doctor Ellauri fué tenido siempre por hombre huraño y apartadizo, poco social y desaliñado en el vestido. Así al menos lo pinta una semblanza caricaturesca que le dedicaron en 1832 en «La Diablada».

Debajo de la sátira, que a veces es candente, se ve, sin embargo, que en cierto sentido ella tiene un fondo

(1) Historia de la República Argentina. Buenos Aires, 1911. Tomo IX. Pág. 560.

(2) Armando de Souza Argüello. Colegio Real de San Carlos. Buenos Aires, 1918. Pág. 71 y siguientes.

de verdad, aunque deformemente exagerado por la pasión del momento (1).

En la época del ingreso de Ellauri, regía el colegio el doctor Luis José Chorroarin, Canónigo de la Catedral de Buenos Aires. uno de los hombres que más servicios prestaron a la causa de la instrucción pública en su país; organizador de los estudios superiores del colegio; autor, con don Valentín Gómez, Manuel José García. Hipólito Vieites, Nicolás Herrera, Pedro Somellera y José Pedro Agrelo, del Estatuto Provisorio de 1812 (2); diputado al Congreso de 1816; director de la Biblioteca pública; verdadera eminencia de su tiempo como hombre de letras y como consejero ponderado y ecuaníme.

Eran profesores en las cátedras de teología los doctores Martín Camacho. Melchor Fernández y Diego Zabaleta; este último, antiguo discípulo del colegio y autor de varios escritos que en 1868 se conservaban inéditos en poder de don Juan María Gutiérrez (3). El doctor Zabaleta es uno de los profesores argentinos que aparece citado con elogio en el informe que el 5 de mayo de 1826, Mr. James Thomson presentó al Congreso celebrado en Londres por la «Sociedad

(1) Junto con la semblanza del doctor Ellauri aparecen también la de los doctores Lucas Obes, Nicolás Herrera, Juan Andrés Gelly, don Santiago Vázquez. N.º 3.º de «La Diablada o el robo de la Bolsa», correspondiente al 13 de Marzo de 1832. Colección Pablo Blanco Acevedo.

(2) Andrés Lamas. Colección de Memorias y Documentos para la Historia y la Geografía del Río de la Plata. Montevideo, 1849. Página 150.

(3) Noticias Históricas sobre el origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires. Buenos Aires, 1868. Pág. 751.

de Escuelas Británicas y extranjeras » (1), por cuyo encargo había visitado, en misión científica, los países de América.

En los estudios teológicos del Colegio Carolino, no había más variación, en la época del ingreso del doctor Ellauri, que la sustitución que se había hecho en 1784 de la cátedra de Moral por una de Cánones (2). Estas cátedras «se reducían, según Gutiérrez, a leer las materias y a ejercitar a los discípulos en actos literarios » (3). Esta aserción de Gutiérrez, que es corriente entre los estudiosos, no aparece mayormente confirmada, según la reciente publicación del distinguido escritor argentino doctor Emilio Ravignani, titulada «Constituciones del Real Colegio de San Carlos». Estas «Constituciones», que no tuvo a la vista Gutiérrez y que se creyeron perdidas durante muchos años, las ha dado a luz, en sus partes principales, el escritor anteriormente citado, y allí aparecen en cuadros gráficos, el orden y distribución de los estudios, que no se reducen simplemente a la lectura de las materias teológicas como afirma Gutiérrez, sino que aparecen como un verdadero curso didáctico. Cabe, sin embargo, la sospecha de que la práctica no se ajustara a la constitución escrita... Es este un punto ajeno en cierto sentido a la índole meramente biográfica de estos apuntes, como asimismo todo lo relativo al Colegio

(1) Puede verse el interesante informe de Mr. Thompson en el «Repertorio Americano» que se publicaba en Londres por la imprenta de G. Schulze, N.º 2. correspondiente a Octubre de 1826. Pág. 61. En él se dan algunos detalles relativos a la gestión hecha por Larrañaga para traer maestros extranjeros.

(2) Souza Argüello. Obra citada. Pág. 16.

(3) Gutiérrez. Obra citada. Pág. 137.

de San Carlos, que si hemos querido deslindar es por lo que pueda relacionarse con el bagaje teológico del doctor Ellauri, adquirido durante su permanencia en el colegio. Larrañaga, en una carta escrita en 1839, relativa a un punto de materia eclesiástica a que he de referirme más adelante, indica al doctor Ellauri como un docto letrado, notoriamente versado en la jurisprudencia y sagrados cánones..

Ingresado Ellauri en el colegio después de las prácticas de forma, y usando el traje de colegial que era reglamentario (1), comenzó sus estudios.

Consta de los libros del colegio que sus cursos fueron seguidos con regularidad. En 1806, en certamen público, se examinó en teología, siendo aprobado (2).

Este año de 1806 fué bastante tormentoso para el Río de la Plata. En él se produjo la primera invasión inglesa, que tuvo por resultado la caída de Buenos Aires en poder de las tropas del General Beresford, suceso que tuvo repercusión en los estudios de Ellauri. En una nota que aparece en el «Libro de aprobaciones» del colegio, se dice «que no hubo en los años de 1807 a 1811 estudios teológicos, a causa de la dispersión de estudiantes que produjeron las invasiones inglesas» (3); consta también en ella que «tampoco vinieron de afuera».

Ateniéndonos a lo que dice la nota citada. es muy presumible que en este mismo año, con motivo de la

(1) El hábito consistía, según la Constitución V, donde aparece descripta la forma en que debía vestirlo el colegial, en opa, veca y bonete, que le ponía el Rector en ceremonia efectuada en la Capilla, y en presencia de todo el Colegio, después de haberle despojado él mismo del vestido seglar.

(2) Gutiérrez. Obra citada. Pág. 142.

(3) Gutiérrez. Obra citada. Pág. 143.

suspensión de los estudios, regresara Ellauri a Montevideo, solo o con su padre, quien había ido a la reconquista de Buenos Aires, mandado como Teniente de la primera compañía del Batallón de Voluntarios de Montevideo, que en esa ocasión fué a las órdenes de Juan Balbin de González Vallejo, y donde el Teniente Ellauri se comportó notablemente, siendo uno de los citados con elogio en el parte oficial (1). Por distinguirle. efectuada la Reconquista, cuando en la tarde del 23 de Agosto de 1806 salieron del Fuerte de Buenos Aires las banderas inglesas tomadas al ejército de Beresford, para ser depositadas en la Iglesia de Santo Domingo, donde aún subsisten, a quien se designó para hacerles la escolta de honor fué al Teniente Ellauri, con su Compañía de Granaderos, la que desfiló en medio de inmensa muchedumbre, de vítores y de flores.

Que su padre regresó, no cabe duda alguna, pues en el ataque a Montevideo por la segunda invasión, el 20 de Enero de 1807, el ya entonces Capitán Ellauri (2), se encuentra entre las tropas de Lecocq, que fueron batidas en el combate *del Cardal*, en cuya acción cayó prisionero, conjuntamente con el Capitán don Manuel Diago y el Cadete don Manuel Vigil, después de haber visto morir a su jefe el Coronel Estrada y al Capitán de su compañía entonces don Francisco Antonio Maciel (3). Si fué llevado el Capitán

(1) Valentin Alsina. Compilación de documentos relativos al Río de la Plata. Montevideo, 1851. Pág. 330.

(2) Sabido es que todos los militares que tomaron parte activa durante la primera invasión, fueron ascendidos al grado inmediato superior.

(3) Bauzá. Historia de la Dominación Española en el Uruguay. Montevideo, 1897. Tomo II Pág. 474.

Ellauri a Inglaterra, entre los 50 jefes y oficiales que los ingleses apresaron en esta ocasión, y los demás que tomaron el 3 de Febrero con la caída de la ciudad, lo ignoro; pero sabido es que la mayor parte de éstos, conjuntamente con el gobernador Ruiz Huidobro, regresaron a Montevideo a mediados de 1808. Y en esta fecha el Capitán Ellauri aparece aquí.

Es muy difícil que al producirse todos estos sucesos que tan de cerca tocaron a su familia, no hubieran hecho regresar a José Ellauri a su ciudad nativa, si es que ya no se encontraba en ella; autoriza también tal presunción el hecho de que los libros del Colegio Carolino no consignen estudiantes teólogos en esos años.

Aparte de esto, residiendo en Buenos Aires o en Montevideo, Ellauri interrumpió sus estudios durante los años de 1806 y 1807. Recién en 1808 los reanuda en la Universidad de Chuquisaca, matriculándose en los cursos de teología y cánones (1).

Esta larga interrupción en sus estudios me hace sospechar que entonces tenía Ellauri algunas dudas relativas a la prosecución de sus estudios eclesiásticos. En este mismo año de 1808, con fecha 3 de Agosto, quizá como consecuencia de los sucesos de guerra que acababan de producirse, el viejo Capitán don Juan de Ellauri, sintiéndose morir, otorgó testamento (2), y en su cláusula 7.^a, no como cosa afirmativa, sino como tratan-

(1) Valentin Abecia. Historia de Chuquisaca. Publicada en el «Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre». Año X. Tomo VIII, N.º 91. Págs. 126 y 140. Cuadros de estudiantes de la Universidad de Chuquisaca. Ellauri lleva entre los matriculados los números 278 y 491.

(2) Protocolo del Juzgado de lo Civil de 1.^{er} Torno. Año 1808. Tomo II folio 516.

do de algo que todavía está por resolverse, dice: «Y es mi voluntad que en el caso que mi hijo don José Longinos quiera seguir la carrera eclesiástica, se le erija y funde un Patrimonio de dos mil pesos fuertes, que deben salir del quinto de mis bienes, no teniendo otra carga que la de celebrar o mandar decir diez misas rezadas al año, aplicadas en sufragio de mi alma».

Es lo cierto que el Capitán, su padre, murió en esos días (1). José Ellauri era menor aun y residía en Chuquisaca. En todos los asuntos de la sucesión sólo intervienen su madre doña Petrona Fernández, y su hermano mayor Juan de la Cruz.

En este año de 1808, Ellauri rindió sus últimos exámenes de Teología y Cánones. Su nombre no aparece después de esta fecha en los libros de la Universidad de Chuquisaca. Su carrera eclesiástica se interrumpió aquí.

II

En una «Exposición» que en 1857 escribió el doctor Ellauri con motivo de su jubilación como Fiscal General, dice «haber presenciado el suceso de Mayo en la Plaza Victoria de Buenos Aires».

(1) En los libros de defunciones de la Catedral de Montevideo no he podido encontrar la partida; sin embargo, puede asegurarse que falleció entre las siguientes fechas: 22 de Agosto de 1808 y 31 de Marzo de 1809, por lo siguiente: Testó Ellauri el 3 de Agosto de 1808; el 22 del mismo mes y en el propio Protocolo que ya se ha hecho referencia, y a fojas 545, se ratificó en el testamento; y con la última fecha iudicada, o sea el 31 de Marzo de 1809, en el mismo Protocolo (Año 1809. Folio 50) aparece una escritura de «obligación» que otorga doña Petrona Fernández como viuda y tutora de sus menores hijos.

Cómo influyó en su espíritu el movimiento revolucionario que según expresión propia él presencié, puede rastrearse fácilmente según sus hechos posteriores. Algún tiempo antes de la Revolución había sido testigo de las desavenencias surgidas entre Montevideo y Buenos Aires, con motivo de los trofeos guerreros ganados por los Orientales en la Reconquista de la Capital Porteña, que ésta retuvo para sí, calificando de «temeraria» la pretensión de los valientes expedicionarios que querían conservar como suyas las banderas apresadas al enemigo en la memorable acción. Su propio padre se encontró en ella y fué uno de los desengañados de ver entrar en su ciudad adoptiva y patria de sus hijos, las enseñas que él había contribuido a conquistar. Su padrino de pila, don Manuel Pérez Balbas, íntimo amigo de su padre y muy vinculado a la familia Ellauri, había sido uno de los dos comisionados por el Cabildo de Montevideo para reclamar en la Corte de España la integración de los trofeos de la ciudad reconquistadora. Estas ocurrencias, peleas de campanario, como con toda justeza las apellida el ilustre escritor Paul Groussac, labraron sin embargo tan honda huella en el espíritu de los hombres de su tiempo, que al producirse el movimiento de Mayo, alguna gente criolla de Montevideo pareció vacilar, se mantuvo realista un tiempo, tal vez en un principio por desconfianza hacia Buenos Aires, hasta que al impulso avasallador de los sucesos, se declaró francamente por la Revolución. De esta manera algunos patriotas en los primeros momentos sirvieron lealmente la causa realista. En este número se encuentra Ellauri. Producido el movimiento de Mayo, regresó a Montevideo, alistándose como soldado en el Cuerpo de Voluntarios del Comercio, recién creado, donde

sirvió por espacio de varios meses. Algún tiempo después, se dirigió al Cabildo con una exposición en la que dice mediar escribir la historia de Montevideo, que, según su propia confesión, tenía ya en su haber algunos hechos memorables, pero la exposición es evidente y clara a las invasiones inglesas, y pide se le franqueen todas aquellas noticias que existiendo en el Archivo, puedan servir a su propósito. Su exposición lleva fecha 1.º de Octubre de 1810 (1).

Ellaury en esta época tenía 21 años, y a pesar de lo interesante y sugerente que resulta su iniciativa de escribir la historia de un pueblo que aun no había comenzado a trazarse en el tiempo, el Cabildo no debió dar mayor oído a la representación, pero, si lo hizo, cabe la sospecha, pues no existe constancia de resolución alguna.

Esta tentativa de escribir la historia de su patria, saliendo precipitadamente de Buenos Aires para alistarse entre los voluntarios realistas de Montevideo, parece estar indicando una continuidad de pensamiento que hace que tal vez no sean del todo vanas las conjeturas apuntadas, en cuanto se relacionan al estado de espíritu con que Ellaury vió producirse el movimiento revolucionario de Mayo.

Tres días después de presentada la solicitud, a propuesta de don Cristóbal Salvañach, acepta Ellaury el cargo de Asesor Letrado del «Tribunal de Vigilancia y Seguridad Pública», que acababa de crearse dentro de los muros de la ciudad española. Elevada la propuesta de Salvañach al Comandante General para la

(1) Copia del oficio original de Ellaury al Cabildo, existente en el Archivo General Administrativo, facilitada por el doctor Gustavo Gallinal.

aprobación correspondiente, en la que se le da el título de doctor, y en su nombre se pide «se le habilite para ejercer, dentro de los límites de esta jurisdicción, la facultad de Abogado, con cargo de presentar el competente examen a la Real Academia inmediatamente que se organice», (1), pasó a informe del doctor José Eugenio de Elías, Asesor de la Gobernación, quien al otro día, 4 de Octubre, en su dictamen, pidió se acompañasen los certificados de los estudios del doctor Ellauri, y que todo junto corriera nueva vista. El expediente no dice más. Consta, sin embargo, que aun sin confirmación superior, Ellauri ejerció por algún tiempo el cargo sin cobrar emolumento alguno (a).

Por motivos que ignoro, a mediados de 1811 se trasladó a Río de Janeiro, desde cuya ciudad, con fecha 1.º de Julio, escribió una carta al Cabildo de Montevideo anunciando su arribo y ofreciendo sus servicios en aquel destino (2).

Muy poco tiempo duró su estadía en Río Janeiro. Según la «Exposición» de 1857 a que me he referido anteriormente, fué allí donde pudo darse cuenta del

(1) Copia del oficio de Cristóbal Salvañach al Comandante General de fecha 3 de Octubre de 1810, existente en el Archivo Administrativo, facilitada por el doctor Gustavo Gallinal.

(a) En la sesión del 12 de Abril de 1811 del Cabildo de Montevideo, se integró la terna de la cual había de designarse por la suerte el diputado de la ciudad a las Cortes extraordinarias de Cádiz con «el doctor en Leyes Don Josef de Ellauri». Fué electo como es sabido el presbítero Zufriategui (Revista del Archivo General Administrativo volumen 9.º pág. 489). — *Nota de G. G.*

(2) Copia del oficio de Ellauri al Cabildo de Montevideo de fecha 1.º de Julio de 1811, existente en el Archivo General Administrativo, facilitada por el Dr. Gustavo Gallinal.

carácter verdadero de la revolución que recién entonces se iniciaba en su patria, y donde terminaron sus veleidades españolistas.

Su casa en Río se convirtió en foco revolucionario, a la que asistían: uno de sus hermanos, cuyo nombre no he podido averiguar, Rodríguez Peña, y otros emigrados de Montevideo y Buenos Aires, los que a puerta cerrada celebraban reuniones que despertaron sospechas de la policía; allanada la casa, se encontraron entre los papeles de Ellauri una copia escrita de su puño y letra de una proclama revolucionaria de la Junta de Buenos Aires y otros papeles comprometedores (1). Arrestado en la Corte, Ellauri recurrió a su familia y amigos de Montevideo, y movido por éstos, el Cabildo, en el mes de Noviembre de 1811 se dirigió al Comandante General, significándole haber sabido la prisión que sufría Ellauri en Río Janeiro. El Cabildo se excusade que no escribe para santificar la conducta del doctor don José Ellauri, sino para exponer a V. E. que la rigurosa prisión que padece en la Cárcel de la Corte, más puede ser la obra de la impostura que un verdadero crimen. El Cabildo no sabe, dice, los motivos que la han causado, y aún el mismo interesado lo ignora, pero supone que, juzgándolo complicado en el sistema que defiende Buenos Aires, sea éste el principio de donde proviene. (2). Según puede verse, o Ellauri o el Cabildo trataron de esconder la verdadera causa de su prisión, pues la carta del Marqués de

(1) Copia de un oficio del Marqués de Casa Irujo al Cabildo de Montevideo, existente en el Archivo Administrativo, facilitada por el Dr. Gustavo Gallinal.

(2) Copia del borrador del oficio del Cabildo, existente en el Archivo Administrativo facilitada por el doctor Gustavo Gallinal.

Casa Irujo es terminante y se basa en documentos de que se había incautado la policía de Río. Sea de ello lo que fuere, si se tomó alguna providencia no consta al margen del oficio del Cabildo, como era costumbre asentarla cuando así ocurría, pero es lo cierto que si alguna se tomó fué indiferente para el caso, pues en el mismo mes de Noviembre fué Ellaury proscrito de los dominios portugueses y violentamente transportado a Montevideo. Llegó aquí en los últimos días del propio mes y año, en cuya fecha se embarcó para Buenos Aires, aprovechando la vigencia del armisticio de 20 de Octubre de 1811, que dejaba el puerto franco (1).

III

Instalado en Buenos Aires, el 28 de Setiembre de 1812 casó allí con doña Francisca Obes, argentina, hija de don Manuel Obes y doña María Plácida Alvarez; ofició en la ceremonia, que se efectuó con misa nupcial en la que comulgaron los contrayentes, el Rector de la Iglesia Catedral, en la que se efectuó el casamiento, doctor don Manuel Gregorio Alvarez. Fueron padrinos el doctor don Julián Alvarez y doña María Plácida Alvarez, madre ésta de la contrayente (2).

Con su casamiento con doña Francisca Obes, entró el doctor Ellaury a formar parte de un núcleo de personas que, vinculadas por estrecho parentesco, habían de tener una influencia a las veces decisiva en su vi-

(1) Exposición de 1857.

(2) Libro 7.º de casamientos de la Iglesia Catedral de Buenos Aires. Folio 91.

da pública. Su esposa era hermana de don Lucas Obes y de doña Consolación Obes, esposa a su vez del Licenciado don Nicolás Herrera. Años más tarde, en 1832, se hizo famoso en Montevideo el Círculo de Consejeros del General Rivera, formado por lo que dió en llamarse la «influencia de los cinco hermanos»; compuesto de los doctores don Lucas Obes, don Julián Alvarez, casado con doña Pascuala Obes, don José Ellauri, don Nicolás Herrera y don Juan Andrés Gelly, casado este último con una hermana del doctor Obes. Todos unidos por estrecho vínculo, fué la fracción de hombres representativos que, con Santiago Vázquez, dió carácter y dirigió la política gubernamental del tiempo de Rivera.

Algunos meses antes de su casamiento, ingresó en la Administración Pública como Oficial Escribiente de la Secretaría de Hacienda, cargo que desempeñó durante algunos años de los de su estadía en Buenos Aires, que se prolongó, con pequeñas interrupciones, hasta fines de 1823 (1).

Según Bauzá, (2) hubo de ser Secretario del General San Martín en la expedición a Chile, pero por interposición de influencias el puesto fué ocupado por don Tomás Guido, cosa que no creo probable, pues este nombramiento no fué debido a influencia alguna, sino es a la intimidad que reinaba entonces entre el General San Martín y el propio don Tomás Guido, Teniente Coronel entonces y Oficial Mayor del Ministerio de la Guerra, su casi único confidente en toda la larga gestación que tuvo la expedición a Chile. Este dato de Bauzá no lo he podido comprobar, pues no

(1) Exposición de 1857.

(2) Estudios Constitucionales, Montevideo. 1887. Pág. 279.

una referencia hecha por don Antonio N. Pereira en su obra «Nuevas Cosas de Antaño» (1), en que dice, «nos refirió don José Ellauri que cuando fué a Córdoba a recibir el grado de doctor»..... Sarmiento, en «Recuerdos de Provincia» (2), dice igualmente que fué Ellauri estudiante y graduado en la Universidad de Córdoba, siendo también ésta la Universidad indicada por don Ricardo Hernández (3) refiriéndose a una interesante anécdota relativa al doctor Ellauri, de que se hace eco (4).

Yo no he podido comprobar ninguno de estos asertos. Según mis datos, no se graduó ni en Córdoba ni en Chuquisaca, como trataré de demostrarlo, comenzando por Sarmiento, que lo da como discípulo del Deán Funes, en Córdoba, que es precisamente en la Universidad en que no cursó estudio alguno el doctor Ellauri.

En efecto, el doctor Juan M. Garro, en su bien documentado «Bosquejo Histórico de la Universidad de Córdoba» (5), trae una lista completa de los gra-

(1) Montevideo, 1898. Pág. 330.

(2) Buenos Aires, 1916. Pág. 134. (Edición de «La Cultura».)

(3) Leyendas del Uruguay, Montevideo, 1918. Pág. 97.

(4) Con ligeras variantes, se cuenta así: Que cuando el doctor Ellauri fué a graduarse a la Universidad de Córdoba, hizo el viaje como era uso en su tiempo, en un burrito. Que iba no poco preocupado pensando en las pruebas y exámenes porque había de pasar en la famosa Universidad, donde, en vez de lo que esperaba, resultaron en extremo fáciles y sencillas. Que interrogado, ya de vuelta, acerca de la dura prueba porque se le suponía haber pasado, respondió: Se engañan ustedes. Si yo hubiera querido hacer graduar a mi borrico, fácilmente lo hubiera conseguido. ¡Con que ya pueden calcular cómo serían las pruebas!

(5) Buenos Aires, 1882. Págs. 518 y siguientes.

duados, tomada de los propios libros de la Universidad, desde su fundación en 1670 hasta 1888, donde no aparece el nombre del doctor Ellauri. A esta Historia del doctor Garro, hizo Fray Abraham Argañaz (1) algunas rectificaciones críticas y eruditas, salvando errores y omisiones en que había incurrido el doctor Garro, y uno de los puntos no impugnados es la lista de graduados.

En lo que se refiere a Chuquisaca, ocurre algo semejante. Existe una «Historia de la Universidad de Chuquisaca», de la que es autor el doctor don Luis Paz (2) que trae una lista de graduados en todas materias desde 1763 a 1828, en la que no aparece el nombre de Ellauri. El doctor Paz tomó la lista, no de los libros de la Universidad, sino de una nómina publicada por el doctor Samuel Velasco Flor, según lo dice en la página 398 de su citada obra. Y es el caso que a esta lista de Velasco Flor, compuesta de 80 graduados, en 1908 el doctor Valentin Obecia, en un estudio publicado en el «Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre» a que me he referido anteriormente, adicionó con 77 graduados que faltaban. Y en esta lista de adiciones tampoco aparece el nombre del doctor Ellauri como graduado en Chuquisaca, aunque constan en ese trabajo sus estudios de teología y cánones efectuados en 1808.

Ahora, entre las Universidades posibles en que pueda haberse graduado, debe eliminarse desde ya la Uni-

(1) Rectificaciones acerca de la reciente Historia de la Universidad de Córdoba, Buenos Aires, 1883. Fol. inc. 8.º

(2) La Universidad Mayor Real y Pontificia de San Francisco Xavier de la Capital de las Charcas. Apuntes para su historia, Sucre, 1914, Págs. 398 y siguientes.

versidad de Chile. Don Alejandro Fuenzálida, en su obra «Historia del Desarrollo Intelectual de Chile», (1) incluye una nómina de abogados tomada directamente de los libros de dicha Universidad, en la que no aparece Ellauri; y lo mismo ocurre con el celebrado «Repertorio de Antigüedades Chilenas» (2), de don Ramón Briseño; este último, no sólo trae una lista de graduados en la Universidad de Chile, sino que, por separado, incluye una lista de extranjeros, en la que no aparece Ellauri, y que coincide exactamente con la lista de Fuenzálida.

Queda solamente un punto a investigar: la Universidad de Buenos Aires, fundada en 1821 (3).

Cabe También una sospecha. En 1818, don Francisco Llambí, que había sido estudiante de la Universidad de Buenos Aires y también en la de Chile, se presentó ante Lecor, diciendo que, teniendo los cuatro años de práctica forense que la ley pedía para ser admitido al ejercicio de la Abogacía, y en los momentos en que debía presentarse a la Cámara de Justicia de Buenos Aires para conseguirla, asuntos de suma gravedad le obligaron a regresar precipitadamente a Montevideo, a donde llegó tres días antes de la retirada de las tropas argentinas que la ocupaban; que las disensiones políticas de esos días le impidieron regresar, de manera que por no perjudicarse se presentó con

(1) Edición de Santiago de Chile, 1903. Pág. 375.

(2) Edición de Santiago de Chile, 1889. Pág. 195.

(3) Si fué allí, muy pronto hemos de saberlo, pues acaba de repartirse el prospecto de la Historia de la Universidad de Buenos Aires, que el Consejo de ella acaba de encomendar a una comisión de profesores, y donde es presumible que, siguiendo la práctica establecida en este género de libros, incluyan las listas de graduados en las distintas Facultades.

los documentos necesarios al Cabildo Gobernador a que se le admitiera examen y se le habilitase hasta tanto se estableciera tribunal competente. El Cabildo estimó justa la pretensión de Llambí haciéndolo constar en el expediente. Lecor lo pasó a informe del Asesor don Nicolás Herrera quien se expidió diciendo «que por los documentos que acompaña consta de una manera positiva que Llambí había recibido grado en las Facultades mayores de Cánones y Leyes de la Real Universidad de Chile, y que fué admitido en la práctica forense en la Real Audiencia de Buenos Aires (1).

¿Por cualquier circunstancia que ignoramos no puede ser ésta la situación de don José Ellauri, máxime si tenemos en cuenta que ya en 1811, el propio Ellauri había presentado al Cabildo de su tiempo una solictus del todo semejante?

En 1816 pasó Ellauri una larga temporada en Montevideo; según he podido comprobarlo desde el 16 de Mayo de 1816 hasta el 18 de Noviembre de 1817, lo que deduzco de los siguientes hechos: con la primera fecha indicada su madre doña Petrona Fernández le otorga un Poder General para la administración de sus bienes, (2) y el doctor Lucas Obes, su cuñado, hace lo mismo con fecha 1.º de Octubre de 1817 (3). En estas escrituras se hace constar que el doctor Ellauri es vecino de la ciudad de Buenos Aires, y que reside accidentalmente en Montevideo; y en la última de las fechas citadas, su madre sustituye el

(1) Copia del expediente original existente en el Archivo General Administrativo, facilitada por don Mario Falcao Espalter.

(2) Protocolo del Juzgado de lo Civil. Año 1816. Folio 139.

(3) Protocolo del Juzgado de lo Civil. Año 1817. Folio 207, v.

poder en su hijo León José (1), haciendo lo mismo al tiempo el doctor Obes en la persona de don Ignacio Villorado. De donde deduzco que el doctor Ellauri regresó nuevamente a Buenos Aires.

IV

Durante toda la época artiguista y portuguesa el doctor Ellauri vivió alejado de su provincia nativa, residiendo en Buenos Aires dedicado al fomento de sus intereses privados, como había pasado toda la época de la primera independencia. En cambio, durante el transcurso de este agitado período de tiempo, constantemente miembros de su propia familia actuaron en ella, aunque en opuestos campos, participando de los quebrantos de la guerra y de los azares de las combinaciones políticas. Mientras en los ejércitos de la patria formaban en los batallones de cívicos organizados por el Cabildo Artiguista sus hermanos don León y Rafael, y seguían guerreando todavía en 1823 cuando la escisión entre los portugueses y brasileros, en el campo contrario sus hermanos políticos don Nicolás Herrera y don Lucas Obes, sus íntimos de entonces, eran personajes influyentes en la Cisplatina y consejeros áulicos de Lecor.

La solicitud que en 1823 dirigieron algunos patriotas de Montevideo, invitándole a intervenir en su libera-

(1) Protocolo del Juzgado de lo Civil, Año 1817. Folio 284.

ción del dominio portugués, lleva la firma de don León y don Rafael Ellauri (1).

Su radicación definitiva en Montevideo creo se efectuara en los primeros meses de 1824, en que empieza a intervenir en la vida de la ciudad y abre su estudio de abogado (2).

La incorporación del Uruguay al Imperio del Brasil fué un hecho aceptado por toda la Provincia, en los primeros momentos sino como cosa definitiva, como un medio transitorio de conseguir el orden y el sosiego de que tanto se necesitaba, después de las cruentas luchas que no habían hecho más que sangrar y empobrecer la Provincia. Los campos desiertos, la masa social muerta y emigrada y lo que es peor aun, el espíritu nacional a punto de disolverse de cansancio y de fatiga, hicieron que toda la gente de ilustración aceptara, esperando un mejor momento para la nueva lucha, aquel instante de reposo reparador, que juntó fuerzas, pobló la campaña, aumentó la riqueza e hizo posible que al llegar al año 1825, se encontrara el país aunado en una sola voluntad, en un solo anhelo.

Basta recorrer cualquier nómina donde se indiquen

(1) Deodoro A. de Pascual. Historia de la República Oriental del Uruguay. Paris 1864. Tomo I. Pág. 159. Isidoro De María. Historia de la República Oriental del Uruguay. Montevideo, 1900. Tomo IV. Pág. 256.

(2) En 1823, con fecha 3 de Agosto, el doctor Ellauri, nuevamente en Montevideo, parece quererse desentender de sus negocios de Buenos Aires, y da para ello un poder general a su cuñado don Juan Andrés Gelly, residente entonces en Buenos Aires (Protocolo del Juzgado de lo Civil. Año 1823. Folio 223 v.) y en 1824, en los primeros meses interviene como abogado en alguna escritura, en la que se le da como vecino de la ciudad de Montevideo. (Protocolo del Juzgado de lo Civil. Año 1824. Folio 273 v.)

nombres. en cualesquiera actividad de la vida nacional, para ver que ella aparece colmada con los nombres más esclarecidos de su tiempo. Salvo algunas excepciones que la historia registra con honor, los que miraban con simpatía el régimen, aunque todavía eran prescindentes, y aun los elementos patriotas exaltados, por cansancio unos, por decepción otros, todos fueron aunando sus nombres al régimen que en un momento pareció definitivamente establecido en el Uruguay.

El Barón de la Laguna, Gobernador de la Provincia por el Imperio del Brasil llegó a creer que si no inmediatamente, cuando menos en un futuro no muy lejano llegaría a una estrecha vinculación entre la Provincia y el Imperio. Aconsejó a don Pedro otorgara títulos y mercedes entre los hijos del país con liberalidad y largueza, y el Emperador otorgó todas las dádivas aunque a pagarse con las rentas de la Provincia (1).

El Barón, hombre ya entrado en años, de maneras cultas y distinguidas, si como soldado no pasó de una medianía decorosa, como político, dotado de una gran sagacidad, no se dejó engañar nunca por la aparente tranquilidad en que parecía haber entrado la Provin-

(1) Entre los títulos conferidos aparecen don Tomás García Zúñiga, con el de Marqués de Campo Verde y 10 millones de reis anuales, situados sobre un impuesto a los labradores; don Nicolás Herrera, con el de Conde del Rosario y 8 millones; don Juan José Durán, con el de Conde del Cordobés; don Francisco Juanicó, con el de Vizconde del Miguelete; don Fructuoso Rivera con el de Barón de Tacuarembó. Se crearon también las Baronías de la Calera y Vila Bella, y confirieron multitud de Hábitos de Cristo, Caballeros del Sayo Verde y dignatarios de la Orden del Cruzeiro; entre éstos últimos aparecen entre otros don Lucas Obes, Larrañaga y Gerónimo Pío Bianchi.

cia, a la que trataba de adormecer con calculada benevolencia. En su mesa reunía diariamente las personas más conceptuadas e influyentes de su tiempo. Entre otros don Santiago Vázque fué su comensal habitual durante varios años. Trató de vincular a los jefes de su ejército con las mejores familias del país, y él mismo contrajo matrimonio con doña Rosa Herrera, hija de don Luis de Herrera, en 1818 (1). Sin pasiones violentas, moderado y conciliador por temperamento o calculadamente, aunque de gran firmeza en el llegó mando, a grangearse si no la simpatía, la tolerancia máxima de que es susceptible un conquistador que sabe hacer uso moderado de la fuerza. Organizó la Hacienda pública, la administración de justicia, reglamentó la práctica relativa a la denuncia y compra de la propiedad raíz, y como medio de fomentar la riqueza instituyó la Junta de Hacendados, proyectada siempre desde los días coloniales. Durante su gobierno administró la Provincia como no era de esperarse de un conquistador afortunado en tierra extraña. Ello explica, que pasada la violencia de la lucha, y aceptado como un hecho consumado, contara su dominación con la adhesión más o menos uniforme de la gente representativa de su tiempo.

El doctor Ellauri estrechamente vinculado al círculo de Lecor por parentesco y afinidad llegó a Montevideo en los momentos en que toda resistencia había

(1) Entre otros jefes de alta graduación, casaron en Montevideo el Mariscal don Juan Crisóstomo Callado, natural de Helvas, Portugal, con doña Carolina Juanicó; el coronel Miguel Antonio Flangini, Secretario Militar del Ejército Imperial, natural de Corvalán, obispado de Guarda, con doña María Juana Ximénez. El mariscal Callado cuando casó con doña Carolina Juanicó era viudo de doña María Dolores Oribe, también uruguaya.

cesado, cuando el nuevo orden de cosas parecía definitivamente establecido en la Provincia con la incorporación del Uruguay al Imperio del Brasil.

El 9 de Marzo de 1824 con toda solemnidad se juró en Montevideo la Constitución Imperial por las autoridades y el vecindario de la ciudad, y entre el núcleo de gente representativa que prestó acatamiento a la nueva Constitución se encuentra el doctor Ellauri. Dos meses después, con motivo del arreglo de la administración de justicia se hicieron varios cambios en la magistratura. El 20 de Julio se separó de la Asesoría del Crimen al Licenciado don José Fabino Blanco, sustituyéndolo por el Fiscal del Tribunal Licenciado Eugenio Joaquín Donado y para la vacante dejada por éste, con fecha 27 de Julio, fué propuesto el doctor Ellauri con la calidad de que el mismo Licenciado Donado debería continuar actuando en aquellas causas en que tenía puesta acusación, y en esos casos el doctor Ellauri haría de Asesor. Pasada la propuesta por el Barón de la Laguna a la Cámara de Apelaciones, ésta se expidió favorable mente con fecha 6 de Agosto, y el 13 del mismo mes el Barón de la Laguna en acuerdo asesorado, aprobó la propuesta, expidiéndole el nombramiento correspondiente (1).

En este mismo año con motivo de las elecciones para Senadores y Diputados al Congreso General del Imperio, el doctor Ellauri figura entre los miembros de las mesas receptoras de votos, conjuntamente con los ciudadanos don Francisco Llambí, José de Bejar, Miguel Antonio Vilardebó, Nicolás Herrera, Tomás García de Zúñiga, Juan José Durán, Jacinto Figueroa,

(1) Archivo de la Escribanía de Gobierno. Año 1824. Expediente N.º 173. Nombramiento de Asesor y Fiscal del Crimen.

Francisco Juanicó, Alejandro Chucarro, Luis González Vallejo, Gerónimo Pío Bianqui, Joaquín Suárez, Jorge de las Carreras, Juan Francisco de la Robla (1), es decir, con lo más granado de la sociedad de su tiempo.

Por esta época nació su hija Isabel, cuarto de sus hijos, y el primero de los nacidos en Montevideo (2).

El doctor Ellauri entró, pues, a prestar servicios en la administración de justicia. En ella le encontró la cruzada de 1825. Aunque no renunció inmediatamente su cargo, ni tampoco se plegó a la revolución, se dedicó con absoluta prescindencia de la lucha al ejercicio de su profesión de abogado.

(1) Manifesto ou Exposição fundada, e justificativa do Procedimento da Corte do Brasil a respeito do Governo das Provincias Unidas do Río da Prata. Río de Janeiro, 1825, en 4.º (Bib. Mario Falcao Espalter).

(2) Isabel. No conozco su fe de bautismo, pero sí su partida de defunción, archivada en la Oficina del Registro de Estado Civil, que dice, que el 3 de Agosto de 1875 falleció Isabel Ellauri, oriental, soltera, de 51 años de edad; haciendo el cálculo de los años resulta nacida en 1824. Los demás hijos del doctor Ellauri, según hasta donde he podido contarlos, aparte de los ya nombrados, fueron Juan Miguel, nacido en Montevideo el 29 de Junio de 1825 (Libro 18 de Bautismos de la Catedral de Montevideo. Folio 23); León Prudencio, nacido en Montevideo el 29 de Julio de 1827 (Libro 18 de Bautismos de la Catedral de Montevideo. Folio 167; Victoria Ignacia, nacida en Montevideo el 28 de Diciembre de 1828 (Libro 19 de Bautismos de la Catedral. Folio 53 v.); Matilde Florentina, nacida en Montevideo el 17 de Marzo de 1831 (Libro 19 de Bautismos de la Catedral. Folio 223 v.); y José Eugenio, nacido en Montevideo el 15 de Noviembre de 1834 (Libro 21 de Bautismos de la Catedral. Folio 135 bis v.). Debo hacer contar aquí mi agradecimiento al señor A. Xalambrí y a los sacerdotes Antonio Sosa Ponce y José Betti, que me dieron todas las facilidades posibles para la compulsa de los libros parroquiales.

En Enero de 1826 abandonó momentáneamente la ciudad radicándose por una corta temporada en el campo, en la chacra de doña María Antonia Farías, por enfermedad de uno de sus hijos. Pasado un tiempo reanudó su vida de ciudad, trasladándose a la chacra sólo la víspera de los días feriados. Entonces era su estudio uno de los más acreditados de la época a juzgar por la cantidad de asuntos en que interviene como abogado, y cuyos expedientes radican en nuestros archivos judiciales.

V

Ejerciendo, pues, su profesión de abogado le encontró, ya independiente el país, su elección para miembro de la Asamblea General Constituyente y Legislativa del nuevo Estado.

Bueno es hacer notar que esta Asamblea no tenía el carácter de Constituyente, que era simplemente ordinaria, según el texto de las convocatorias hechas por las autoridades de la Provincia, de fecha 7 de Julio de 1828; que el carácter de Constituyente lo adoptó en una de sus primeras reuniones preparatorias en virtud de lo dispuesto por la Convención Preliminar de Paz, concluida posteriormente a la convocatoria de diputados, que estatuyó que inmediatamente que fuese ratificada la Convención por las dos partes contratantes quien gobernara entonces en la Provincia Oriental y el gobierno Imperial de Montevideo, harían simultáneamente una convocatoria a los pueblos para la elección de diputados. Que reunidos los

Representantes, fuera de la Plaza de Montevideo, establecerían un Gobierno Provisorio hasta que los mismos diputados formularan la Constitución Política con arreglo a la que habían de elegirse las autoridades definitivas (1)

Fué electo el doctor Ellauri por la ciudad de Montevideo, conjuntamente con el doctor Jaime Zudáñez y los señores Cristóbal Echeverriarza, Pedro Berro, Ramón Masini, Luis Lamas, Eufemio Masculino y Silvestre Blanco, Presidente que había de ser éste último de la Asamblea.

La elección se efectuó en la Capilla del Cordón el domingo 26 de Octubre de 1828, siguiendo en ella las Instrucciones de 17 de Junio de 1825, dadas por la primera Asamblea de la Florida para la elección de diputados y sólo modificadas en cuanto al número de electores.

En Noviembre estaban reunidos en San José, asiento de la Representación, casi todos los electos, y el día 22 del propio mes y año efectuaban su primera reunión preparatoria.

Frisaba el doctor Ellauri por esta época en los 40 años, y aunque recién puede decirse que iba a comenzar su vida pública, y que todavía no había aparecido ante sus conciudadanos con el prestigio que presta el ejercicio de los elevados cargos públicos, ni tampoco había tenido un rol dirigente en los sucesos políticos de su tiempo, su elección para miembro de esta Asamblea, a la que el país llevó la gente más representativa de su tiempo, muestra el elevado concepto de que gozaba entre sus conciudadanos.

Desde el momento de su ingreso empezó a figurar en primer término en los puestos de labor, como ha-

(1) Convención Preliminar. Artículos 4º, 5.º, 6.º, y 7.º.

bía de hacerlo después en los de mayor responsabilidad. Fué designado miembro informante de la Comisión de Poderes en la primera reunión preparatoria, y después ya constituida la Legislatura, y allanado el punto relativo a la denominación de Constituyente y Legislativa que adoptó la Asamblea, al designarse las Comisiones, después de un corto debate acerca de si debía constituirse una Comisión Especial encargada de redactar el Proyecto de Constitución, o si debía simplemente encomendarse a la Comisión de Legislación, se resolvió integrar ésta con dos miembros mas del número que le asignaba el Reglamento de la Asamblea de la Florida que se había adoptado provisoriamente, quedando constituida por siete miembros y con el nombre de Comisión Legislativa y Constitucional. Se designó para integrarla a los doctores Zudáñez y Ellaury y a los señores Juan Francisco Giró, Cristóbal Echeverriarza, José Antonio Zubillaga, Luis Bernardo Cavia y al presbítero Solano García. Inmediatamente de constituida designó Presidente al doctor Jaime Zudáñez y Secretario al doctor Ellaury, encomendando a éste último la redacción provisional del Código. En las deliberaciones de la Asamblea, anteriores a la discusión del Proyecto de Constitución, muy poca parte tomó el doctor Ellaury, absorbido por por la tarea que le estaba encomendada, según el mismo lo dijo en la sesión del 15 de Enero de 1829 con relación a varios asuntos en que se le pedía informara, manifestando que « hallándose contraído a la redacción de la Constitución, absolutamente podía atender otros asuntos », siendo subrogado inmediatamente del encargo que quería asignársele (1). Sin em-

(1) « Actas de la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado ». — Montevideo, 1886, tomo I, pág. 131.

bargo en distintas ocasiones tomó parte en las deliberaciones, como al discutirse el Proyecto de Ley presentado por el Gobierno Provisorio con carácter de urgente, relativo al arreglo de las Oficinas de Hacienda de la Provincia, que correspondiendo a la Comisión de Legislación ésta le encomendó estudiar, informándolo conjuntamente con el doctor Zudáñez.

En el momento de la elección de diputados a la Asamblea, en 1828, nada se había expresado respecto a las dietas con que serían remunerados los representantes, y como una vez instalada la Asamblea el Gobierno Delegado dispusiera que los diputados habían de recibir una retribución pecuniaria mientras durara su mandato, al ser aprobada la resolución por la Asamblea, el doctor Ellaury renunció la diputación, diciendo: «que cuando admitió el cargo de diputado fué en el firme concepto de que iba a rendir a su patria un servicio enteramente desinteresado, y que por o mismo se ha conservado sin interrupción en su desempeño, a pesar de su mal estado de salud. Mas después que la honorable Asamblea ha aprobado la retribución pecuniaria que el Gobierno Delegado se anticipó a designar a tan altas funciones, cree que sin contrariar sus principios ni comprometer su delicadeza. puede considerarse en libertad para solicitar que se le admita su renuncia, a fin de atender con desahogo al reparo de su quebrantada salud. «La renuncia pasó a informe de la Comisión de Peticiones y después de informada se resolvió no aceptarla (1). Esto ocurría en los primeros días de Febrero de 1829, cuando todavía la Asamblea tenía su asiento en Canelones. Aunque muy atendibles las razones expuestas

(1) Actas citadas, tomo I, pág. 201 y siguientes.

por el doctor Ellauri, hacen sospechar que fuera otra la causa verdadera de su renuncia; quizá las disidencias que entonces empezaban a trabajar a la Asamblea tuvieran parte en ello. El doctor Luis Melián Lafinur dice, refiriéndose a algunas miembros de la Constituyente: « al doctor Ellauri lo aburrieron al extremo de obligarle un día a renunciar » (1). Sea de ello lo que fuere, debemos atenernos al texto de su renuncia, indicando solamente la duda que ella nos suscita. Aunque sin insistir en su alejamiento el doctor Ellauri dejó de asistir a las sesiones desde la indicada fecha, siempre con aviso de enfermo, hasta los últimos días del propio mes de Febrero en que ya la Contituyente comienza a funcionar en la *Aguada*.

El 7 de Marzo de 1829, después de una labor casi ininterrumpida de cuatro meses, la Comisión de Legislación presentó a la Asamblea el Proyecto de Constitución en 177 artículos, pidiendo al mismo tiempo se designara el día en que había de hacerse su lectura, y designando encargados de informarla a los señores Ellauri, Zudáñez y García.

Poco tiempo después la Asamblea trasladó el lugar de sus sesiones a Montevideo, instalándose en el Cabildo el 28 de Abril de 1829. El 9 del mismo pasó una circular a todos los diputados comunicándoles haberse señalado el día 2 de Mayo para abrir la discusión y lectura del Proyecto de Constitución, la que no pudo comenzar hasta la sesión del día 6 de Mayo. Después de despacharse varios asuntos pendientes, a propuesta del señor Masini se suprimió la lectura del Proyecto, pues era de todos conocido, desde que había circulado con mucha anterioridad en folleto. Se declaró libre la

(1) « El Problema Nacional y su solución inmediata ». — Montevideo, 1905, pág. 68.

discusión, haciendo para este sólo caso excepción del Reglamento, y el doctor Ellaury, miembro informante, concretó sus ideas y la de sus colegas de Comisión en los siguientes párrafos de su discurso: « La Comisión de Constitución y Legislación cuyos principales trabajos se presentan hoy a la discusión general, ha por creído no poderse dispensar del grato deber de hacer mi órgano algunas cortas explicaciones de los fundamentos más firmes en que estriban sus opiniones, y de los grandes objetos que se han propuesto llenar redactando el Proyecto de Constitución, que le fué encomendado. La Comisión no tiene la vanidad de persuadirse que haya hecho una obra original, grande, ni perfecta. Lo primero sería una extravagancia; por que en materia de Constitución, señores, poco, o nada nuevo hay que discurrir después que las naciones más civilizadas del globo han apurado las grandes verdades de la política, y resuelto sus más intrincados problemas, que antes nos eran desconocidos. Todo lo que puede ya exigirse es que se consulte detenidamente la prudencia para ser prácticamente la aplicación más adecuada y conveniente de esos principios consagrados como dogmas en las diferentes cartas, que han visto la luz pública ». Y más adelante: « La Comisión se propuso expresar en él todo lo que esencialmente debe contener una buena Constitución, a saber: 1.º la declaración de los derechos que se reservan los ciudadanos, señalando el modo y condiciones de su asociación: 2.º designar la especie de gobierno que eligen los asociados: 3.º y último, arreglar la distribución de los Poderes políticos, señalar sus límites y extensión, marcar sus órbitas para que no se choquen al paso

(1) Actas citadas, tomo I, pág. 418 y 419.

que obren con independencia, y decir la forma en que quiere que sean ejercidos » (1).

Se ha dicho varias veces entre nosotros que la Constitución de 1830, tiene muy poco de original y propio, siendo hasta en su forma literal una transcripción a la letra de la Constitución argentina de 1826. El doctor Justino Jiménez de Aréchaga así lo dijo en su opúsculo «Ministros y Legisladores» (1); afirmación que ya había hecho Alberdi en *las Bases* diciendo «la Constitución oriental empieza como la Constitución argentina de 1826, que le sirvió de modelo»; sin fijarse que si bien el doctor Ellauri y sus demás compañeros de Comisión, como ellos mismos lo dijeron por voz del propio doctor Ellauri, no habían desdenado los modelos y prácticas que entonces pasaban por los más adelantados preceptos constitucionales, tomándolos donde quiera que los encontraron, armonizándolos en un código que en sus divisiones fundamentales, y en el ejercicio y roce de los poderes en que se divide, aparece estrictamente arreglado a la ciencia constitucional de su tiempo, en cambio, todo lo que en ella fué obra sustantiva no hizo más que incorporar, algunas veces a la letra toda la obra de legislación ejecutada por la Asamblea de la Florida de 1825, que a su vez la tomaba en parte del derecho consuetudinario y la costumbre.

Según el doctor Luis Melián Lafinur (2) las Constituciones y trabajos de índole constitucional a que puede referirse la propia expresión del doctor Ellauri, fueron las siguientes: «la *Constitución Francesa* de 1791, la célebre *Constitución Española* de 1812 el

(1) «Montevideo», 1902, pág. 24.

(2) «El Problema Nacional».—Montevideo, 1905, págs. 70 y 75.

Estatuto Provisional, Buenos Aires, 1815, el *Reglamento Provisorio sancionado por el Soberano Congreso de las Provincias Unidas de Sud Am rica para la dirección y administración del Estado*, Buenos Aires, 1817, lo *Constitución de las Provincias Unidas de Sud América*, de 1819. la *Constitución de la República Argentina* de 1826 (jurada en Canelones por la Provincia Oriental el 31 de Marzo de 1827) el *Projecto de Costituicão para o Imperio do Brasil organizado no conselho de Estado*, 1823, la *Constitución de la República Boliviana* de 1826, y la *Chilena* de 1828», que por otra parte le consta al doctor Melián tuvieron a la vista los Constituyentes, según lo dice en la página 75 de la citada obra.

Si bien es cierto que no sólo la Asamblea de 1828 tuvo a la vista para la redacción del Proyecto de Constitución un gran acopio de trabajos constitucionales... Lo que parece absurdo que debamos achacar a que también así aparece en la Constitución Argentina de 1826, es la abolición de los Cabildos, pues creemos más acertado suponer que esta supresión más se debió, no a que apareciese en la Constitución de 1826 sino al servilismo y desprestigio en que cayeron los últimos Cabildos, sobre todo los de la época portuguesa y brasilera que los hicieron del todo impopulares por sus manejos escandalosos y arbitrarios...

En el curso de la discusión varias veces tuvo ocasión el doctor Ellaury de defender sus ideas expuestas en el Proyecto de Constitución...

Por esta época ya empezaban a diseñarse en el país los dos grandes partidos, que tomando en sus comienzos un carácter puramente personal, habían de perpetuarse al través del tiempo, una vez muertos los caudillos, para ser rémora y quebranto de la nacio-

nalidad. Por esta época se disputaban la supremacía en los futuros destinos del país, dos hombres igualmente ilustres, que después de haber sido caudillos militares de la revolución, aspiraban a serlo también de la organización constitucional. Los generales Lavalleja y Rivera (1), con su cruzada de 1825 el uno, y con su campaña de Misiones el otro, se presentaban ante sus conciudadanos disputándose méritos y prestigios, a veces de manera no muy honrosa para ambos. Ello explica la vehemente terquedad con que los Constituyentes cerraron la entrada al Parlamento a toda la clase militar, y robustecieron con tan onnímodas facultades la Presidencia de la República, en la creencia ilusoria de que cerrada la época revolucionaria y guerrera, la primera magistratura del país iría a manos de la gente civil. En veinte años de lucha con sucesivas dominaciones extranjeras todo había sido destruído y todo había de ser nuevamente creado; hacienda pública, organización de la justicia, leyes matrices de la administración general; por ello rodearon la futura presidencia de todas las garantías que creyeron precisas para asegurar la estabilidad que es necesaria a una nueva era en la que ya no habría ruido ni gloria de batallas, y en la que sólo se había de tratar de elaboración de Códigos, de Tratados de Comercio, de organización de la enseñanza, de inmigración, de obras públicas, de fomento a las fuentes de la producción y la riqueza. Pero las cosas pasaron de otro modo. El General Rondeau que había sido electo Gobernador Provisorio en 1828, en medio

(1) Sabido es que el partido de don Manuel Oribe se formó a base de los elementos Lavallejistas, fracción a la que él mismo había pertenecido.

de aquel fermentar de pasiones que llenó todo el período de su mando, muy pronto perdió la dirección política del Estado, hostilizado por una viva oposición de la Asamblea,—que ya había terminado y discutido el Proyecto de Código Político, cuya aprobación se esperaba por momentos de los Gobiernos signatarios de la Convención Preliminar de Paz,—trabajada entonces por los intereses subalternos y puramente personales del momento, que inició uno de los movimientos más extraños que registra nuestra historia. En vez de sustraerse a los encontrados intereses de los dos grandes caudillos que entonces llenaban el escenario político con sus justas pero desmesuradas ambiciones, se hizo el instrumento con que ambos bandos contendores disputaban la suprema magistratura del país. Entró así la nación en su estado de reacción violenta y continua, en que los cambios ministeriales, provocados por el Parlamento, van sumando sistemáticamente las distintas probabilidades de triunfo de los dos bandos en lucha.

El 26 de Agosto de 1829 después de un continuo interpelar al Ejecutivo con los pretextos más ridículos e insignificantes, renuncian los ministros Eugenio Garzón y Francisco Joaquín Muñoz de las carteras de Guerra y Hacienda respectivamente. El 26 tienen una larga conferencia los Generales Rivera y Lavalleja, en la que quedó concertado el nombramiento del segundo para Jefe del Estado Mayor del Ejército asumiendo el primero la efectividad de todo el Ministerio. Con esto pareció que todo había entrado en su cauce normal, que de aquella conferencia había salido un acuerdo mutuo, donde se habían trazado rumbos de futuro para la tranquilidad de la República, contrabalanceadas las influencias posibles con una garan-

tía mutua, la una desde la jefatura del ejército, la otra desde el Ministerio General. Así se hizo pública la noticia. Sin embargo las proyecciones de ella fueron bien distintas. La fracción Lavallejista, fuerte también en la Asamblea, dictó dos leyes, la una declarando que el Gobierno Provisorio funcionaría con dos Ministros y la otra, para que ninguna autoridad cumpliera orden ni resolución alguna del Ejecutivo que no fuera refrenada por el Ministro respectivo. Una vez puesto el cúmplase a las leyes indicadas, con fecha 26 de Octubre, Rondeau nombra al doctor Lucas J. Obes, Ministro de Hacienda, y confirma al General Rivera en los Ministerios de Gobierno, Relaciones Exteriores y Guerra y Marina. Esta resolución que no satisface a los Lavallejistas hace recrudecer la oposición, y en Enero de 1830 el General Rivera abandona el Ministerio y sale a la campaña con el cargo de Comandante General, siendo substituído por Lavalleja en el Ministerio. (18 de Enero de 1830).

Un mes después (9 de Marzo) renuncian el General Lavalleja y el doctor Obes, y el Ministerio se constituye así: Gobierno y Relaciones Exteriores don José Ellauri; Hacienda, Gabriel Antonio Pereira; Guerra y Marina, General Julián Laguna. Rivera quedaba en campaña como Comandante General de Armas, y Lavalleja en la ciudad como Jefe del Estado Mayor. El nuevo Ministerio entró en funciones con todas las dificultades que había de proporcionarle en el Parlamento la fracción Lavallejista, como el Ministerio anterior de 26 de Agosto había luchado a su vez con la fracción que respondía al General Rivera. No había pasado un mes cuando por el Ministerio de la Guerra se impartió la orden de que un fuerte contingente del Batallón de Cazadores saliese para campaña quedando

a las órdenes del Comandante General de Armas. Al saberse la noticia la Asamblea se reunió extraordinariamente y los Constituyentes Lapido y Llambí propusieron el asunto a la consideración de la Cámara, resumiendo la situación en la siguiente forma: « Parece indudable según se asegura en el público con gran disgusto que el Ejecutivo ha ordenado la salida de una parte del Batallón de Cazadores a campaña y observo que al mismo tiempo que esta fuerza indispensable y apenas suficiente para dar apoyo al Gobierno, y asegurar el orden público en la Capital, ningún objeto razonable puede hacerla necesaria en la campaña en estas circunstancias ». Tomó después la palabra para apoyar la propuesta de Lapido el doctor Llambí y dijo que el momento era grave para la tranquilidad del país, máxime cuando el General a cuyas órdenes se ponía aquella fuerza acaba de mandar amenazar públicamente a algunos señores diputados. Al fin la Asamblea resolvió que el Gobierno suspendiese la salida de la fuerza hasta que el Ministro de la Guerra diera las explicaciones necesarias. Esto ocurría el 16 de Abril. El 17 renunciaba Rondeu y todo el Ministerio. El doctor Ellaury fué el encargado de explicar en un largo manifiesto la conducta del Gobierno y las razones que el Ministerio había tenido para aconsejar al General Rondeau la salida de las tropas a campaña.

Con la misma fecha la Asamblea nombró al General Lavalleja Gobernador y Capitán General interino. El 26 de Abril don Juan Francisco Giró, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, lo daba a conocer a todas las autoridades de la República.

El General Rivera que entonces se encontraba en San José, ya en abierta rebeldía con Lavalleja, desconoció su autoridad, viniendo a situarse con su gente

en el Peñarol, desde donde diputó a don Luis Eduardo Perez para presentar al Gobierno las bases de un arreglo que cortara las desinteligencias que podían ser funestas dado el estado en que se encontraba el país. El avenimiento entre los dos Generales fué ratificado por el General Rivera el 18 de Junio de 1830, quedando el General Lavalleja al frente de la Provincia como Gobernador Provisorio, y el General Rivera como Comandante General de Armas, hasta la elección del Gobierno Constitucional. Bajo la vigencia de esta Convención se convocó el país a elecciones, para el primer período de la Legislatura Nacional.

El doctor Ellauri fué electo Senador por el Departamento de Canelones. El 4 de Octubre de 1830 se reunió por primera vez el Senado en sesión preparatoria, nombrando Presidente y Secretario a miembros de su propio seno, recayendo este último cargo en el doctor Ellauri. Las reuniones del Senado fueron meramente preparatorias hasta el 24 del mismo mes en que reunida la Asamblea General fué electo el General Fructuoso Rivera, primer Presidente Constitucional de la República.

El 10 de noviembre renuncia Ellauri el cargo de Senador, para hacerse cargo de las carteras de Gobierno y Relaciones Exteriores a que ha sido llamado por el General Rivera, previa venia que le otorga el Senado.

En los 10 meses que ocupó el Ministerio, la gestión del doctor Ellauri se caracterizó por una tendencia marcada hacia la organización de la instrucción pública, aparte de que sus medidas generalmente acertadas dedicadas a la organización general del Estado, abarcaron las más diversas ramas de la administración. Como Ministro de Relaciones Exteriores le tocó

reconocer a todos los Cónsules extranjeros que recién se empezaron a acreditar ante nuestro país con carácter permanente. Prohibió el Carnaval como un juego bárbaro y desmoralizador. Instituyó el ceremonial que había de regir en todos los actos oficiales. Reglamentó la libertad de la prensa, las funciones de los Jefes Políticos de la campaña y de la capital, los servicios de vigilancia del Resguardo, y proyectó la primera misión al Brasil para iniciar el tratado de Límites.

En el ramo de Instrucción Pública, suprimió el cargo de Director General de Escuelas, estableciendo un Inspector General, nombrando para el mismo puesto por un bienio al doctor Joaquín Campana, miembro del Tribunal de Justicia. Reglamentó las Escuelas Normales, una en cada departamento. Creó una especial para niñas, en Montevideo, en donde habían de educarse las de la ciudad y de la campaña, una por cada ciudad capital, a costa del Estado. Dió un reglamento especial para las escuelas públicas, reduciendo los sueldos de los maestros a cincuenta pesos mensuales, lo que proporcionó una economía que hizo posible la creación de nuevas escuelas en los pueblos del Salto, Víboras, Vacas, San Salvador y Piedras, que no había. Meditaba un plan general, comprendidos los Estudios Superiores, cuando se produjo su renuncia el 2 de Septiembre de 1831 la que le fué aceptada el 19 sustituyéndolo don Joaquín Suárez.

Su renuncia no fué por dificultades individuales, sino de todo el Ministerio.

Los elementos Lavallejistas derrotados en la elección de Presidente de la República, iniciaron no bien comenzó la marcha de la nueva administración una violenta campaña contra la orientación del nuevo Gobierno acusándolo de servirse en el nombramiento de

los altos cargos sólo de los elementos llamados Imperialistas, es decir, de las personas que habían acompañado al Barón de la Laguna en su dominación. Daba margen hasta cierto punto a la crítica el hecho de que los principales cargos públicos estuvieron ocupados en la indicada forma. Don Nicolás Herrera era Presidente del Senado, don Julián Alvarez, Presidente del Tribunal de Justicia, don Lucas Obes, Fiscal General del Estado, don José Ellauri, Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, sin fijarse también que en la oposición encabezada por don Juan Francisco Giró, Francisco Joaquín Muñoz, Silvestre Blanco, Eugenio Garzón, algunos de ellos como Giró habían sido también, aunque de lejos es cierto y sólo temporariamente, también del círculo imperial. Dos periódicos de oposición, el «Campo del Asilo» y «El Recopilador» eran los encargados de mantener latente el sentimiento público contra el Ministerio. Fué entonces que en Montevideo se hizo popular la designación de «los cinco hermanos» de que antes se ha hablado. Pero la principal crítica, y ella era justa en parte y que fué la causa de la caída general del Ministerio, era el interino de Hacienda. Las arcas del Estado estaban exhaustas, la administración impaga y el sistema que tomó el Gobierno de acumular deudas formando con ellas deudas flotantes, fué de lo más pernicioso que pudiera imaginarse. Llegó un momento en que aun la prensa independiente representada por «El Universal», si no terció en la polémica entablada por el «Campo del Asilo» y «El Recopilador» contra el diario ministerial «El Indicador», con palabra mesurada abogó también por la reforma del sistema.

El 7 de Octubre el Ejecutivo pasó un mensaje a la

Asamblea dando cuenta del estado general del país y entre otras cosas decía: « El gobierno no ha desconocido al hacer esta investigación (se refiere a las deudas) la influencia que ha podido tener en este resultado la inexperiencia en la administración de las deudas, la falta de orden, de fidelidad acaso, de economía también en el empleo que se haya hecho de ellas ». El doctor Ellauri, que había compartido su gestión con el Ministerio anterior, presentó un escrito al Poder Ejecutivo llamando la atención sobre el significado del párrafo transcripto y pidiendo si esos conceptos se referían a su persona. En su escrito recayó la resolución siguiente:

Montevideo, Octubre 15 de 1831.

« No habiendo tenido el Gobierno motivos especiales para fijarse en la persona del ex-Ministro representante cuando dirigió a la Comisión Permanente la nota a que se contrae en el presente reclamo, cree, pues, que esta franca manifestación servirá para satisfacerle sobre el espíritu que envuelven aquellos conceptos, como un acto de justicia debido a su acrisolada honradez, y como el mayor garante que ha de justificar su conducta pública. Rúbrica de Rivera. — SANTIAGO VÁZQUEZ »

Vencida la revolución Lavallejista de 1832 el Poder Ejecutivo separó de sus cargos a una gran cantidad de funcionarios que estaban comprometidos con Lavalleja o que habían simpatizado con la revolución, y con fecha 3 de Setiembre se dirigió a la Cámara de Apelaciones, manifestándole que el juez de lo Civil, doctor don Juan José Alsina, según los informes que tenía el Gobierno estaba sindicado como un elemento Lavallejista, invitándola a tomar una medida seme-

jante a la puesta en ejecución por el Poder Ejecutivo con los empleados de su dependencia, reemplazándolo con un ciudadano de la confianza del Gobierno. La Cámara de Apelaciones contestó que no estaba dentro de sus facultades la destitución de un juez por sus opiniones políticas; que sólo el Ejecutivo, en uso de sus facultades extraordinarias que le concede el artículo 81 de la Constitución, podía hacerlo. Y el Gobierno con fecha 5 de Setiembre, acordó que cesase el doctor Alsina en el ejercicio de su cargo. La Cámara de Apelaciones designó al doctor Ellauri para sustituirle en el Juzgado, cosa que no aceptó.

En 1833, Ellauri toma poca parte en los asuntos políticos de ese año: en una carta que con fecha 17 de Agosto le escribe al Presidente Rivera, recomendándole a don Pascual Costa, después de hablar algo de política general le dice: (Rivera entonces se halla en el Paso de Quinteros). «Yo me he retirado de firme con toda la familia a la quinta, dejando enteramente la casa del pueblo, adonde sólo voy el día que por mis asuntos me urge mucho» (1).

En 1834 es electo por Montevideo diputado a la 2.^a Legislatura, cuya primera reunión preparatoria se efectuó el 15 de Febrero de 1834. Fué nombrado miembro de la Comisión de Legislación, y Vicepresidente de la Cámara, cargo que ocupó hasta la terminación de su mandato en 1837.

En la sesión del 23 de Febrero de 1835, Ellauri presentó un proyecto a la Cámara para que las dietas de los diputados se redujesen a las dos terceras partes de lo que designaba la Ley, en vista de las extremas necesidades del erario.

.....

(1) M. S. S. de la Biblioteca Nacional.

VIII

Producida la renuncia de don Manuel Oribe a la segunda Presidencia Constitucional de la República, el país quedó en una situación anómala y fuera del orden regular en que había entrado desde el año de 1830 con la Jura de la Constitución.

Caducaron de hecho todas las autoridades constitucionales, y el General Rivera triunfante con el carácter de Jefe del Ejército Constitucional se abrogó la suma de toda autoridad. Al hacerse cargo de la administración en su Declaración de 11 de Noviembre de 1838, declaró que la suspensión de los Poderes Constitucionales sólo daría los días estrictamente necesarios para restablecer el orden. Estableció un Registro que llevaría su nombre, y en el que habían de publicarse todas sus resoluciones de carácter oficial, refrendadas por sus dos Secretarios que había designado ya: el General Enrique Martínez para los asuntos de Guerra y Hacienda y a don Santiago Vázquez para los de Gobierno y Relaciones Exteriores. El Registro habría de cerrarse el día en que cesara la suspensión de los Poderes Constitucionales. Esta «Declaración», por su estilo claro y conciso, brillantemente escrita, parece redactada por don Santiago Vázquez.

El 3 Diciembre convocó al país a elecciones señalando el Domingo 23 de Diciembre para efectuarse en toda la República, y después de ocuparse en la organización de varios servicios públicos, acéfalos por abandono y renuncia de sus cargos por los ciudada-

nos que los desempeñaban vinculados a la administración anterior cuya suerte habían seguido embarcándose para Buenos Aires con don Manuel Oribe, encontrándose entre éstos don Francisco Solano de Antuña, Fiscal General, que con fecha 16 de Noviembre de 1838 fué sustituido por el doctor don José Ellauri, el 14 de Enero de 1839 salió para campaña delegando el ejercicio de Gobierno en don Gabriel Antonio Pereira, sin alterar el orden de la Secretaría, pero como Rivera llevaba consigo al General Martínez le suplió entonces el General Rondeau como oficial Mayor del Ministerio de Guerra y Marina. En el decreto se preveía el caso de que tuviera también que salir a campaña don Santiago Vázquez, y, él llegado se designaba para sustituirle al Oficial Mayor de Gobierno don Andrés Lamas. Y el caso llegó antes de lo que se esperaba. Estando en tratativas el General Rivera con el Gobernador de Corrientes, don Genaro Berón de Astrada, para llegar al Tratado de Alianza ofensiva y defensiva que en esos días se firmó, el negociador indicado era don Santiago Vázquez, cesando por consiguiente en la Secretaría de la Delegación. Por decreto de 6 de Febrero de 1839, fechado en su campo volante del Durazno, el General Rivera delega en don Gabriel Antonio Pereira la designación de nuevos Secretarios. Lo que efectúa el delegado Pereira en la misma fecha designando al doctor Ellauri para Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores con retención legal de su cargo de Fiscal General, y a don Francisco Joaquín Muñoz para Ministro de Hacienda. Como Secretario de Guerra y Marina quedó el General Rondeau. Varios días antes de hacerse estos nombramientos ya eran públicos en Montevideo, como asimismo el hecho que se daba como cierto de que

Vázquez terminada su misión en Corrientes iría en misión confidencial al Brasil.

El 25 de Febrero se instalaron en Montevideo las nuevas Cámaras. La de Senadores nombró a don Gabriel Antonio Pereira su Presidente el 27, quien al otro día asumió la presidencia de la República como Presidente del Senado en Ejercicio del Poder Ejecutivo, confirmando el Ministerio de la Delegación. El 1.º de Marzo la Asamblea elegía al General Rivera tercer Presidente Constitucional. El 10 del propio mes el Poder Ejecutivo decreta la Guerra al Gobierno de Rosas, dando sanción legal a la declaración del General Rivera de 24 de Febrero, hecho que se festejó ruidosamente con iluminación pública, manifestaciones en las calles y función de gala en el Teatro, que presidió el Jefe Político de la Capital don Luis Lamas.

El 4 de Abril regresó a Montevideo la Comisión de Senadores y Representantes que había ido al Durazno a tomar al General Rivera el juramento presidencial, acto que se efectuó en la Capital del Durazno el 25 Marzo, según acta que labró la Comisión.

.....
.....

Otras de las grandes inquietudes de estos días fué el estado de la Hacienda pública. Las arcas estaban exhaustas. Como ya se meditaba el envío de una misión a Europa, se solicitó de las Cámaras la autorización correspondiente para contratar un empréstito de cuatro millones de pesos, con garantía de todas las rentas ordinarias y extraordinarias de la Nación.

No quedó arbitrio de que no se hiciera uso. En Abril, el doctor Ellauri en nombre del Gobierno escribió una corta carta al Vicario Larrañaga adjuntándole un Proyecto de que lo presumo autor, por el

que el Estado se hacía cargo de las Capellanías, Vínculos y fundaciones pías que se hallasen situadas sobre bienes. A ese efecto decía el doctor Ellauri que serían redimidas por su íntegro valor con documentos de créditos reconocidos, y exigibles contra el Tesorero Nacional, tomando el Gobierno sobre sí la responsabilidad de llenar todas las obligaciones impuestas por sus fundadores, al mismo tiempo que ofrecía tomar también a su cargo la educación eclesiástica de todos los que quisiesen dedicarse al sacerdocio. El doctor Ellauri lo pasó al doctor Larrañaga articulado ya y como cosa definitiva, aunque le decía que el Gobierno no quería proceder sino de acuerdo con él y después de oír las observaciones que quisiera hacerle. El doctor Larrañaga lo devolvió con una larga carta en que se manifiesta contrario al proyecto con muy sólidas razones que el doctor Ellauri aceptó, a juzgar por el hecho de haber sido encarpetaado él asunto, máxime si tenemos en cuenta que se trataba de momentos de grande angustia económica (1).

.....

El 23 de Abril el doctor Ellauri firmó con don Juan Ramón Baradére, Cónsul de Francia en Montevideo, una Convención relativa a la efectividad del Bando de 24 de Febrero que prohibía toda comunicación entre Montevideo y Buenos Aires.

Por esta época se inició una gestión que tuvo proficuos resultados para el adelantamiento científico de la ciudad. El General Rivera desde el Durazno escribió al Vicepresidente Pereira interesándose por la apertura de la Biblioteca Nacional.

(1) Cartas de Ellauri y Larrañaga y Borrador del Proyecto.—M. S. S. en poder de don Mario Falcao Espalter.

El 15 de Junio llegó Rivera a Montevideo, haciéndose cargo al otro día de la Presidencia. Pocos días después se anunciaba en la prensa que en breve saldría una misión diplomática para Europa. Al otro día de hacerse pública la noticia (23 de Junio) el General Rivera salió nuevamente para campaña.

El 8 de Agosto renunció Muñoz el Ministerio de Hacienda, siendo sustituido por don Alejandro Chucarro.

El 9 ya era conocido el objeto de la misión y quien era la persona designada para desempeñarla, dándose como sucesor en el Ministerio a don Luis Lamas.

Con la misma fecha, el Ejecutivo dió un manifiesto anunciando al pueblo la invasión de Echagüe. Tres días después se designaba a don Francisco Antonio Vidal para Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, mientras durara la ausencia del doctor Ellauri que pasaba en misión a Europa. Por motivos de salud Vidal no pudo hacerse cargo del Ministerio hasta el 19 de Octubre, habiendo sido desempeñado el cargo hasta esa fecha por don Andrés Lamas, Oficial Mayor del Ministerio de Gobierno.

El 15 de Febrero de 1840 llegó a Montevideo la noticia del arribo del doctor Ellauri a Europa.

.....

X

El 12 de Diciembre de 1855 llegó el doctor Ellauri a Montevideo después de una ausencia de diez y seis años y cuatro meses. En esos días la República acababa de salir de los desórdenes conocidos por *Revo-*

lución de 11 de Noviembre que terminó con el vencimiento del partido llamado *Conservador* y con el triunfo del *Pacto de la Unión* suscrito por los Generales Oribe y Flores, con un mutuo renunciamiento a sus candidaturas posibles a la próxima presidencia de la República.

Dos meses después de su llegada a Montevideo, el 1.º de 1856, bajo los auspicios del *Pacto de la Unión* fué electo 5.º Presidente Constitucional para el período de 1856 a 1860, el ciudadano don Gabriel Antonio Pereira. Tres días después el nuevo Presidente organizó el Ministerio en la siguiente forma: Ministro del Gobierno y Relaciones Exteriores, don José Ellauri; de Hacienda, don Doroteo García; de Guerra y Marina, el General don Carlos de San Vicente. El doctor Ellauri sólo acompañó al Presidente Pereira diez y siete días, pues renunció el Ministerio el 20 de Marzo de 1856. En el corto espacio de tiempo que ocupó el cargo, su gestión fué indecisa y vacilante. El 5 de Marzo pasó una circular un poco vaga a los Jefes Políticos de los Departamentos en que los incita al mayor guardamiento del orden. Anexó el Archivo General de la Nación a la Biblioteca y Museo Nacional por razones de economía, y creó un Consejo Consultivo de Gobierno, honorario, formado por respetables ciudadanos, que dividido en las tres secciones en que entonces se dividía la administración pública, que presidirían respectivamente los Ministros del ramo, el Gobierno habría de consultar en los casos en que creyese oportuno su dictamen, para el mejor acierto en las resoluciones, Consejo que suspendió diez días después de publicado el decreto de creación, sin dar explicación alguna. Después firmó algunos asuntos de mero trámite e hizo varios cambios en el personal de la administración.

El 20 de Marzo le sucedió en el Ministerio el doctor don Joaquín Requena.

El 8 de Abril del mismo año fué reconocido Fiscal General en propiedad, según la retención que de ese cargo se había hecho a su favor en 1839, cuando se le nombró Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores durante la Presidencia de Rivera, cesando por consiguiente el entonces Fiscal General doctor Emeterio Regúnaga, que lo ejercía en carácter de interino.

Cuando el doctor Ellauri regresó a Montevideo en Diciembre de 1855 se le adeudaban diez y seis años de sueldos como Ministro General en Europa. El había mantenido la Legación a costa de la venta e hipoteca de casi todos sus bienes, pasando las penalidades económicas de que abunda en elocuentes detalles su correspondencia oficial y privada. La deuda, según la liquidación formulada por la Contaduría General, ascendía a la cantidad de 123 mil pesos. En esa época, las arcas del Estado estaban exhaustas. Con el fin de aminorar la deuda, el Gobierno pasó al doctor Ellauri, por escritura pública un crédito que tenía contra la Testamentaría de Zufriategui, proveniente de unos campos que en 1837 habían comprado los causantes de la Testamentaría al Estado, y cuyo entero no se había efectuado todavía (1).

Con ese arbitrio la deuda se aminoró muy poco, pues en la memoria que don Federico Nin Reyes como Ministro de Hacienda, presentó a la Asamblea en 1858, ella aparece como de 75.895 pesos (2).

(1) Archivo de la Escribanía de Gobierno, Exp. N.º 4 del año 1856, y Protocolo de Contratos de Gobierno. Año 1856. Folio 14 y siguiente.

(2) Memoria del Ministro de Hacienda presentada a la Honorable Asamblea General en el 1.º Período de la 8.ª Legislatura por don Federico Nin Reyes. Montevideo, 1859, — Pág. 43.

Cuando se presentó esta Memoria, estaba en trámite una gestión del doctor Ellauri ante el Gobierno, iniciada en esos días. Proponía en su inicial que luego que la renta de Papel Sellado y Patentes, entonces afectada para el pago de los empréstitos hechos al Gobierno de Montevideo Durante la Guerra Grande, por el Barón de Mauá, que se adjudicasen sobre ella mensualidades de tres mil pesos hasta el completo pago de su crédito. La propuesta le fué aceptada y se escrituró el 6 de Noviembre de 1857 ante el Escribano de Gobierno don Antonio F. Toribio (2). El arbitrio propuesto por el doctor Ellauri, ofrecía un única dificultad. Durante la sustanciación de la propuesta había concluído la afectación de la Renta del Papel Sellado para cubrir los créditos del Barón de Mauá y el Gobierno la había pasado a la «Sociedad Compradora de la Renta de Aduana de 1848», acreedora también del Estado. El doctor Ellauri inició las gestiones correspondientes ante la Sociedad y el 8 de Setiembre de 1858 ante el Escribano don Bernabé Rivera se elevó a contrato Público el arreglo de la entrega de los tres mil pesos mensuales hasta la extinción total del crédito.

Esta deuda había ascendido a una cantidad mayor que a la liquidada por la Contaduría General en 1855, aparte de las entregas que de su sueldo se le habían hecho en diferentes épocas, en 1849, el Gobierno de Montevideo le adjudicó a su esposa doña Francisca Obes un terreno valuto con parte de él submarino, situado a inmediaciones del Fuerte San José, previa mensura y avalúo, en pago de los créditos de su es-

(2) Archivo de la Escribanía de Gobierno. Exp. N.º 8 del año 1857, y Protocolo de Contratos de Gobierno. Año de 1857. Folio 77 y siguiente.

posó contra el Estado. Decía doña Francisca Obes al hacer la denuncia, que su objeto era venderlo y cubrir con su producto uno de los más apremiantes compromisos contraídos por el doctor Ellauri en Europa. Que sus recursos particulares estaban totalmente agotados, hasta el punto de no tener ya que hipotecar ni que vender. Don Joaquín Suárez, en decreto de 14 de Mayo de 1849 admitió la denuncia en los siguientes términos: «Constando al Gobierno los sacrificios y desembolsos que de su fortuna particular ha hecho y continúa haciendo para subsistir sirviendo al Estado el enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República en Europa, doctor don José Ellauri, admítase la denuncia, aceptando por gracia especial la forma de pago que ofrece». La forma de pago era la siguiente: que la cantidad en que la Comisión Topográfica había aforado el terreno se diera como recibida por la Contaduría General, rebajándola de la deuda pendiente entre el Estado y el doctor Ellauri (1).

XI

Algo más de un año desempeñó el doctor Ellauri el cargo de Fiscal General, interrumpido por licencias que motivaban su mal estado de salud, hasta que el 16 de Julio de 1857, ya completamente invalidado para el servicio público, al que había dedicado los mejores años de su vida, extraño a las nuevas generaciones

(1) Manuel V. Otero y Exequiel G. Pérez. — « Estudio Legal de las Propiedades cercanas al Puerto de Montevideo ». — Montevideo, 1897, páp. 364.

que entonces actuaban en el escenario político de su patria, solicitó su retiro de la administración pública.

El 20 de Julio de 1857 obtuvo su jubilación (1), cayendo algún tiempo después al lecho del que no iba a levantarse jamás, y en el que había de pasar los diez últimos años de su vida, ciego y enfermo, pero en absoluta posesión de sus facultades intelectuales.

En la sucesión perpetuamente renovada de hombres y sucesos que forma la esencia misma de la vida republicana, sus servicios pasados iban quedando en la penumbra: empezaba para él ese momento injusto y doloroso de los sobrevivientes a su generación, que después de haber actuado por derecho propio en determinada actividad, asisten desde la soledad y el silencio, al olvido de su nombre.

Retirado en el hogar falleció el 21 de Noviembre de 1867, a los 78 años de edad (2).

«El Siglo», el diario de mayor circulación entonces, escribió estas pocas líneas al anunciar su muerte: «Un patriota menos — Ayer dejó de existir el anciano doctor don José Ellauri, uno de los ciudadanos que más importantes servicios rindieron a este país, con una consagración y desinterés no comunes. Su nombre está ligado honrosamente a la independencia de la República. La redacción de «El Siglo» lamenta profundamente esta pérdida, y se une al justo duelo de la apreciable familia del finado (3).

(1) Archivo General Administrativo. Año 1857. — Expedientes de jubilación.

(2) Libro 3.º de Defunciones de la Iglesia de San Francisco. — Folio 486.

(3) N.º 953 correspondiente al 23 de Noviembre de 1867. — Era su director entonces el doctor Fermín Ferreira y Artigas.

En el acto de su entierro pronunció unas sentidas palabras el doctor don Laurentino Ximénez.

Su esposa doña Francisca Obes le sobrevivió algunos años todavía: falleció el 9 de Octubre de 1874, a los 81 años de edad.

Índice

	<u>Página</u>
Dedicatoria	5
Los Planos de la Catedral	11
Fundación de Melo	21
Asencio	37
Fuentes documentales para la Historia Colonial.....	55
Biografía del Doctor José Ellauri	83

